



GRUPO DE MONTAÑEROS

VETUSTA

OVIEDO

JUNIO
2020
nº **89**

- Relato de unas escaladas
- La montaña en compañía de un guía
- Los canalones de La Mesa
- Al norte del Círculo Polar
- Las entrañas del Pico Jario
- Grauspitz
- El enfado de Paul Labrousche



*Una tentación, un regalo, un suspiro,
un hallazgo, un sentimiento, una promesa, una
declaración, un mordisco, una atracción,
una pasión prohibida, una sensación, una gran
sorpresa, un minuto de placer...*

Y tú, ¿qué sientes al probarlas?



www.moscovitas.com

OVIEDO: San Francisco, 12 T. 985 21 23 64 / Velázquez, 2 T. 985 29 40 27
MADRID: Nuñez de Balboa, 86 (semiesquina Juan Bravo) T. 914 26 37 77



*Cocina
de mercado*

Plaza de Trascorrales, 1 · 33009 OVIEDO

TLFNOS. 646 665 597 / 619 411 274



El Fondin de Trascorrales



SUMARIO n° 89

Unas palabras del
Presidente

pág. 4

Relato de unas
escaladas

pág. 7

La montaña en compañía
de un guía

pág. 16

Los canalones de
La Mesa

pág. 23

Al norte del
Círculo Polar

pág. 31

Las entrañas del
Pico Jario

pág. 39

Grauspitz

pág. 45

El enfado de
Paul Labrousche

pág. 53

Crónica gráfica

pág. 58



JUNIO 2020

Portada: Estribaciones de La Tesa

Arriba: Cordal del Cascayón

Fotos: Manuel Marcos

Edita:

Grupo de Montañeros Vetusta

Viaducto Marquina, 4 · 33004 Oviedo

Teléfono 985 23 28 23

Coordinación Editorial:

Elisa Villa

Mercedes Griñón

Maquetación:

oh! digital

Impresión:

oh! digital

Dep. Legal: AS/148-1959

Unas palabras del Presidente

Cuando redacto estas líneas, una pandemia ha venido a trastocar todo, desde el ritmo de nuestra vida cotidiana hasta la marcha del Grupo de Montañeros Vetusta. Y estos cambios afectan también a nuestra revista, que, por vez primera en su historia, se edita solo en formato digital. Será algo transitorio, no lo dudamos, pero ojalá la espera no se alargue mucho más y podamos volver pronto a la rutina habitual y a las múltiples actividades de nuestro club. Mientras tanto, debemos ser capaces de conservar el vínculo y el sentimiento de grupo, ese “espíritu Vetusta” del que todos nos orgullece y que tantas satisfacciones nos ha proporcionado.

Sin embargo, en este momento, finales de mayo de 2020, la realidad sigue estando marcada por las anomalías derivadas de la pandemia, y estas anomalías, inevitablemente, determinan el carácter de las reflexiones y propuestas que os expongo a continuación.

En diciembre de 2019, en Bogotá (Colombia) la UNESCO declaró al alpinismo Patrimonio Cultural Intangible de la Humanidad.

¿Cómo es posible que el montañismo, un deporte, merezca tan alta estimación de carácter cultural? Para entenderlo, lo primero que se debe tener en cuenta es que el montañismo no es solo la práctica de un ejercicio físico en el medio natural, sino algo que va mucho más allá de la mera adquisición de las destrezas, técnicas y conocimientos necesarios para desenvolverse en un medio hostil. Sin duda alguna, este “saber hacer” es esencial para la práctica de un montañismo seguro, pero todos los deportes cuentan con un acervo propio de conocimientos técnicos y prácticos que hay que dominar. Los motivos por los que la UNESCO ha reconocido al montañismo como un bien cultural, necesariamente tienen que ser otros. El galardón tiene que ver con algo intrínseco al montañismo en sí: la existencia de unos valores que sobrepasan fronteras, son compartidos por el conjunto de la comunidad montañera internacional y poseen tal entidad que son fácilmente identificables por la sociedad, como demuestra la propia Declaración de la UNESCO. Se trata de valores tales como la responsabilidad, igualdad, compañerismo, respeto a la población local, preservación de la naturaleza, solidaridad y superación personal, entre otros más que se podrían citar. En definitiva, el montañismo es algo más que un deporte: es un estilo de vida.

La crisis sanitaria ligada a la pandemia del COVID-19 supuso una limitación de las libertades individuales y, en concreto, la más afectada fue la de la libre circulación de las personas. La preservación de bienes superiores, como son la protección del derecho a la integridad física y a la vida, exigió limitar la movilidad, moderar los contactos sociales y modificar los hábitos higiénicos. Conforme se ha ido controlando la pandemia, las restricciones a la libertad de circulación se han flexibilizado y se han establecido, de manera sucesiva, espacios de libertad.

La práctica deportiva, tuvo restricciones paralelas. En el peor momento de la crisis sanitaria, esta práctica cesó por completo para, posteriormente, ir ganando pequeños ámbitos de permisividad.

Respecto a la actividad económica, los servicios declarados como esenciales en ningún momento dejaron de funcionar, pero el resto se interrumpió. Sin embargo, a medida que los parámetros sanitarios han ido mejorando, la necesidad de dinamizar la economía ha requerido el retorno gradual de otros campos de la actividad económica.

Llegados a este punto, cabe recordar que en España hay 233.000 federados en montaña y 2.800 clubes de montañismo, y que en Asturias somos casi siete mil federados, integrados en más de un centenar de clubes. Según la última Encuesta de Hábitos Deportivos (la última es de 2015, en 2020 habrá una nueva), unas 30.000 personas recorren cada fin de semana las montañas cantábricas y los más de 4.000 kilómetros de senderos homologados que existen en nuestra Comunidad Autónoma. Por tanto, el interés y la repercusión económica del montañismo son innegables.

Una singularidad relevante de los deportes de montaña, especialmente en las circunstancias actuales, es que se realizan en el medio rural, por lo que es necesario conciliar su práctica con el derecho a la salud de la población local que, como sabemos, está envejecida y, por tanto, es vulnerable al COVID-19.

Vivimos en una sociedad en la que el valor de la imagen es innegable. Todos hemos visto como, con anterioridad al establecimiento del Estado de Alarma, los ciudadanos, queriendo aprovechar los últimos resquicios de libertad antes de un inminente confinamiento, literalmente “se echaron al monte”. Ahí están las fotos del aparcamiento del Parque Natural de La Pedrizza en Madrid o, sin

ir más lejos, de la Ruta del Alba, en Asturias. Pero hay que recordar que ese fin de semana hubo más fotos: nuestros pueblos marineros y sus bares también estuvieron a re-bosar y eso no ha sido un lastre para que estos negocios pudiesen reabrir, aunque, eso sí, con limitaciones. Esta misma flexibilidad, es lo que, humildemente, me atrevo a solicitar desde estas líneas

Casi toda la montaña asturiana cae dentro del ámbito de los espacios protegidos: Parque Nacional, Parques Naturales, Reservas Integrales, Reservas de la Biosfera, etc. Dentro de esos espacios, hay algunos lugares concretos y unas pocas rutas (no pongo nombres) que son extremadamente populares. Pues bien, con carácter temporal, y sólo mientras persistan las medidas para evitar la expansión de contagios, límitese el acceso a los mismos. Es sencillo establecer un cupo y más fácil aún controlarlo, pero, fuera de estos lugares de mayor concentración (que, por cierto, no son los más frecuentados por los montañeros), permítase la práctica, libre y sin corsés horarios, de los deportes de montaña.

Es evidente que, en la nueva realidad, el montañismo también debe ser diferente y, en este sentido, existe incertidumbre acerca de cómo será el futuro de los refugios de montaña y de los albergues de peregrinos del Camino de Santiago. Por otro lado, siempre se ha recomendado que los deportes de montaña sean practicados en compañía, pero, a partir de ahora, y al menos durante un tiempo, será imprescindible incorporar protocolos de distancia social; y cuando esa distancia no se pueda asegurar, será necesario el uso de mascarillas. El paso por los pueblos será el momento en el que debamos extremar todas estas cautelas, manteniendo estrictamente las distancias recomendadas, usando mascarillas, y evitando tocar innecesariamente todo tipo de objetos y mobiliario.

La Federación Estatal de Montaña acaba de aprobar una declaración de apoyo a los pueblos y a las empresas de las zonas rurales de montaña ante la crisis del coronavirus. En este sentido, el colectivo montañero siempre ha sido parte esencial de una alianza no escrita entre el mundo urbano y el entorno rural. En muchos de nuestros pueblos de montaña, los mayores todavía recuerdan con nostalgia que las primeras Cabalgatas de Reyes cargadas de regalos que llegaron a sus aldeas, carentes entonces de acceso rodado, fueron organizadas por los montañeros.

Se ha expresado algún temor a que el colectivo montañero pueda ser fuente de infecciones en el medio rural, pero este temor no debería existir, ya que, tal como se dice más atrás, y como reconoce la declaración de la UNESCO, la cultura montañera está imbuida de valores como el respeto al medio ambiente y la solidaridad con los montañeses.

Por nuestra parte, no debemos olvidar que en estos momentos hemos añadido a nuestra mochila una carga extra de responsabilidad, y que esa responsabilidad ya no es solo colectiva, sino que, ahora más que nunca, debe ejercerse de manera individual.

Deseando veros pronto de nuevo en la montaña, disfrutad ahora de los recuerdos de cumbres y naturaleza que nos regala nuestra revista.

Felipe Mota Vega





VIAJES TARNA

Soy Gilber de Viajes Tarna
He viajado por más de 100 países.
Puedo ayudarte a hacer el viaje de tus sueños.
¡Ven a verme o llámame!

Viajes Tarna SL
C/ Tenderina 64. 33010 Oviedo
Principado de Asturias (España)

☎ 985220856 📞 +34 692863069
✉ info@viajestarna.com
🌐 www.viajestarna.com



El Fontán. Puesto 18. T. 985 738 011

VM
FISIOTERAPIA
Iris Aparicio Valdés
COLEGIADO Nº 1050



984 08 78 51



www.vmfisioterapia.es



C/ Llaviada 10.
La Corredoria (Oviedo)



clinicavmfisioterapia@gmail.com



Trazado de la vía Marquínez-Arrieta en la cara nordeste del Portillín. Fue abierta el 30 de septiembre de 1970.

RELATO DE UNAS ESCALADAS

Juan José Iglesias Arrieta

El autor, montañero y escalador con una larga y destacadísima trayectoria, rememora para el G.M. Vetusta el modo en el que la montaña entró en su vida y le atrapó para siempre, al tiempo que evoca algunos momentos inolvidables vividos en las cumbres.

El despertar de una afición

El Con 18 años comencé a salir de montaña con asiduidad, aunque antes ya lo había hecho esporádicamente; a partir de esa edad, de la mano de Raimundo González, Mundo, y de Juan Delgado (por entonces director de la Escuela Nacional de Alta Montaña, ENAM, en Asturias) me “volqué” en este deporte, practicando varias de sus modalidades: ascensiones, escalada,

esquí de travesía, espeleología...

Al comienzo no me consideraba escalador, si entendemos como tal la persona que se dedica exclusivamente a practicar la escalada en cualquiera de sus especialidades, sino que me veía como un montañero que sentía la necesidad de escalar para poder acceder a algunas montañas. Pero la realidad fue que terminé seducido por las paredes, disfrutando del placer de la verticalidad y de la sensación



El Corredor del Marqués, en la cara norte de la Torre de Sta. María de Enol. Primera invernada: José I. Núñez y Juanjo Arrieta, 11 de marzo de 1973.

de ingravidez que experimenta el escalador cuando está en una llambria vertical, aérea... Me fascinó descubrir o imaginar un itinerario en una pared, me ilusionó superar un largo de cuerda difícil, solucionar un problema, y me "enganchó" ese "punto" de aventura que conllevaba meterse entonces en los Picos de Europa en invierno, cuando aún no existían ni GPS, ni teléfonos móviles.

El Macizo de Ubiña

En los años 60 y 70 del siglo XX tener vehículo propio era un raro privilegio, por lo que salir de montaña no era fácil: o se iba cuando los clubes a los que pertenecíamos programaban excursiones o, al tener que utilizar medios de transporte público, recurriamos a las montañas del macizo de Ubiña. Esto último era debido, principalmente, a su cercanía, pues "solo" se necesitaban dos días para acceder a ellas. Pero no había que olvidar que el día de regreso estábamos obligados a estar en Riospaso antes de las 5 de la tarde, hora de salida del único autobús que permitía bajar a Campomanes y enlazar con el ferrocarril; en caso contrario, deberíamos recorrer casi 20 km a pie, cosa que ocurría con bastante frecuencia.

Allí, en el macizo de Ubiña, comenzamos a esca-

lar abordando en verano las vías más clásicas, que repetiríamos en múltiples ocasiones, al tiempo que descubríamos las cresterías y empezábamos a abrir otras rutas, cada vez más interesantes. Muy pronto nos íbamos a interesar por las ascensiones invernales y, de hecho, para los montañeros de mi generación, tanto asturianos como leoneses, este macizo se convirtió en nuestra escuela para prácticas de técnicas de nieve y hielo. El invierno era, en realidad, la época en la que, aprovechando la acumulación de nieve en corredores y paredes y la formación de hielo en algunas zonas, había más posibilidades de realizar itinerarios variados y rutas interesantes.

Ya habíamos asistido a cursillos de la ENAM y subido a varias cimas en invierno cuando, un día, el 18 de marzo de 1968, a mi amigo Ángel Estrada y a mí, con nuestros piolets de mango de madera y polainas de hule de fabricación casera, escasa experiencia, pero mucho entusiasmo, se nos ocurrió subir el Portillín por la arista este y hacer todas las agujas, hasta la Pasada del Siete. Curiosamente, casi nos resultó más fácil que en verano, ya que la nieve y el hielo compactaban la roca, sumamente fragmentada en las dos últimas agujas, con lo que solo nos preocupábamos de evitar algunas cornisas.

Los Picos de Europa

Mi auténtica iniciación a la escalada tuvo lugar en 1966 con la ascensión a Peña Santa y, unos días más tarde, al Porru Bolu. A partir de aquella fecha, iríamos aumentando paulatinamente el nivel de las ascensiones y empezaríamos a conocer mejor no solo la grandeza de los Picos de Europa, sus airosas cumbres y espectaculares paredes, sino también su lado humano, al convivir durante horas con algunos de los pastores que pasaban el verano en las vegas. Ellos eran componentes esenciales del paisaje de estas entrañables montañas y unos extraordinarios guías para la ascensión de alguna de ellas.

El primer intento de subir al Naranjo de Bulnes solo fue una quimera de juventud. Estaba con mi amigo Ángel Estrada en Narganes, un pueblo cercano a Panes, pasando unos días de vacaciones con su familia. Uno de esos días subimos al pico Jano, en el Cuera, desde el que vimos las cimas de los Picos de Europa y entre ellas la del Naranjo de Bulnes, del que ya habíamos oído hablar algo. Con nuestra fantástica imaginación, cargada de ignorancia, "vimos con claridad" por donde podíamos subir y, sin más dilaciones, equipados con nuestras botas compradas en el Economato, una cuerda de algodón trenzado, dos trozos de cuerda de pita de dos metros, unos clavos, cinco mosquetones de hierro y un martillo, al día siguiente nos pusimos en marcha hacia él. Combinando varios autobuses, logramos llegar a Arenas de Cabrales para continuar después a pie hasta Poncebos, luego a Bulnes, y finalmente alcanzar una cabaña, cercana a La Terenosa, en la que había un poco de hierba almacenada y en la que pasamos la noche. Afortunadamente (y digo 'afortunadamente' porque no estábamos preparados para esta aventura), por la noche nos despertó el ruido de un fortísimo vendaval y una gran bajada de la temperatura que nos hizo desear que amaneciera pronto, pues nuestras mantas no nos protegían de aquel frío tan intenso, que nos impedía dormir, al igual que les ocurría a los ratoncillos, a los que sentíamos moverse bajo nosotros buscando el calor de nuestros cuerpos. Al día siguiente, hubimos de desandar el camino de subida, bajo la ventisca primero y la lluvia después.

En julio de 1968, ascendí por primera vez al Naranjo de Bulnes con otro muchacho del Grupo de Montaña Ensidesa. Reconozco que esta primera ascensión fue un poco decepcionante, pues el Naranjo aún no se había ascendido muchas veces y estaba rodeado de infinidad de leyendas. En la Sur Directa, por donde fuimos entonces, se comenzaba la vía pisando la placa en recuerdo de Luís Martínez, Cuco, víctima del primer accidente mortal en esta montaña, lo cual nos infundía un cierto respeto. Escaladores asturianos y monitores de la ENAM nos habían dicho que había pasos difíciles (el concepto de dificultad era bastante diferente al actual) y que, incluso



Juanjo Arrieta en la cumbre de la Torre de Sta. María de Enol, tras realizar la primera invernal por el Corredor del Marqués.

una vez superados esos pasos, era muy complicado descender si no se montaba un rápel que resultaba difícil de instalar. Con estas perspectivas, y equipados con más o menos el mismo material de aquel primer intento que terminó en La Terenosa, más una cuerda de escalada que nos había prestado el GM Ensidesa, nos metimos en la vía habiendo acordado entre nosotros dar la vuelta cuando lo viéramos mal. La decepción llegó cuando comprendimos que estábamos en el anfiteatro sin haber encontrado las dificultades que nos habían asegurado que existían.

Al Picu regresaría unas cuantas veces más en las que, entonces sí, disfruté, libre ya de la influencia de sus leyendas y gozando de la escalada, no del Naranjo de Bulnes como cima mítica, sino de sus extraordinarias paredes y su magnífica roca.

Los Picos de Europa pronto me atraparon a pesar de que, por supuesto, a lo largo de mi vida escalé otras montañas con características particulares y con paredes interesantes. Pero los Picos de Europa tenían un atractivo especial, tanto por sus peculiaridades y la excelencia de la nieve y el hielo en determinados momentos, como por su proximidad. En ellos fue donde, al igual que muchos de los compañeros de la época, disfruté de la escalada en el sentido más puro y donde no solo repetimos la mayoría de



Cara este de la Tercera Torre de Cebollada. Itinerario seguido por José M. Iglesias, José A. González y Juanjo Arrieta en la primera invernal a esa cima, el 9 de enero de 1983.

las vías ya abiertas, tanto de roca como de nieve o hielo, sino donde, además, se nos brindaba la posibilidad de descubrir nuevos itinerarios. Lamentablemente, y debido sobre todo a lo pesado y voluminoso del equipo fotográfico del momento, de estos no hay muchas fotografías. Fue así como surgieron recorridos en verano e invierno a los que quizá en su momento no dimos la difusión necesaria, y que hoy pienso que podrían interesar tanto a los escaladores como a los amantes de la historia del alpinismo en los Picos.

Algunas invernales inolvidables en los Picos

Siempre que en invierno o en primavera nos acercábamos al Macizo Occidental para hacer "rutas normales", había una ruta invernal que veíamos destacar y nos llamaba poderosamente la atención: era el Corredor del Marqués, en la cara norte de la Peña Santa de Enol o Torre de Santa María. El día 11 de marzo de 1973, tras pernoctar en Vega Redonda, y todavía sin mucha experiencia, pero con el entusiasmo propio de la juventud, junto a José Ignacio

Núñez, varios años más joven que yo, nos planteamos recorrer este evidente itinerario, descendiendo después por la cara sur, donde hubimos de tomar precauciones, pues la gran cantidad de nieve acumulada y lo tardío de la hora hicieron que el estado de la nieve fuese muy inestable, formándose pequeñas avalanchas. Afortunadamente, con un rápel y un largo descuelgue, alcanzamos la base de la pared y la Horcada de Santa María sin problemas, regresando a Vega Redonda por la Boca del Jou Santo, Barrastrosas, etc.

En esta primera ascensión no me di cuenta de que en esa misma cara de la Peña Santa de Enol había varias posibles vías invernales, nuestra mente bastante tenía con ocuparse de la que estábamos haciendo, pero en una de las repeticiones nos fijamos que en la cara este de la Tercera Torre de Cebollada había una pared de nieve que llegaba muy arriba y tenía atractivo... Sin embargo, era mucho "bocado" para aquellos años.

El tiempo fue pasando, seguimos ascendiendo cumbres en invierno y volvimos a este sector

del Cornión, incluido el propio Corredor. En el año 1979, el día 11 de marzo, Gonzalo S. Pomeda y yo hicimos la vía Pili-Cristina en la cara norte de la Torre de Santa María de Enol que, cubierta de una gruesa costra de hielo de muy buena calidad, resultó ser una excelente vía invernal. Aquel día volvimos a dirigir nuestra mirada a la cara este de la Torre de Cebolleda y, por alguna razón, quizá porque ya nos habíamos familiarizado con su aspecto, ya no nos pareció tan inaccesible.

Al año siguiente, el 24 de febrero, Gonzalo S. Pomeda y yo ascendimos la vía Directa o de San Claudio en la cara norte de la Torre de Santa María de Enol e, inevitablemente, miramos nuevamente hacia la Cebolleda, que ya ejercía un cierto magnetismo en mí. La vía directa a la Peña Santa de Enol llevaba algún tiempo atrayéndonos, pero su verticalidad nos decía que habría que ascenderla en condiciones óptimas. Por esa razón, hubo tres primeros intentos, de los que nos retiramos al considerar que el hielo no estaba en buenas condiciones. Finalmente, un día neblinoso y frío, tras pernoctar en La Rondiella, nos acercamos de nuevo a la pared que nos recibe con una "ducha" de fino y helador polvo de nieve: ¡al fin el hielo estaba en unas condiciones óptimas! No lo dudamos, era el día que necesitábamos y la ascensión nos dio todo lo que esperábamos de ella: hielo grueso de fusión, "casi" impecable (en algunas partes, pocas, era algo quebradizo), que, en general, permitió una subida muy vertical pero segura, una subida perfecta, de las de disfrutar. Algunos escaladores de la época aseguraron que era "una vía para los años 2000", pero en realidad no hubo que esperar tanto, porque pocos años más tarde fue repetida por otra cordada de asturianos (no tengo el dato preciso, pero creo que estaba formada por Robin Walker y otro escalador más). Para la bajada montamos un largo rápel desde la cumbre hasta la mitad de la Grieta Rubia, continuando después con crampones por Fuente Prieta y La Mazada hasta Vega Redonda.

Aventura invernal en la Tercera Torre de Cebolleda

La pared este de la Cebolleda me seguía atrayendo. Yo estaba decidido a intentarla en el invierno y, en septiembre de 1982, me marché solo a las Cebolledas, donde recuerdo haber encontrado un paso entre la segunda y la tercera, bastante expuesto, que superé por el oeste. El descenso lo hice por la cara suroeste, por una vía como de III+ o IV, en la que dejé instalados dos rápeles, con vistosos anillos de cuerda, para utilizarlos en el descenso de una eventual subida en invierno.

El día 9 de enero de 1983, con mis viejos amigos José Manuel Iglesias y José Ángel González, nos fuimos a dormir a la cabaña de Avelino Alonso, en La Rondiella. De madrugada, emprendimos la subida con una nieve de buena calidad y, desde La Fragua,



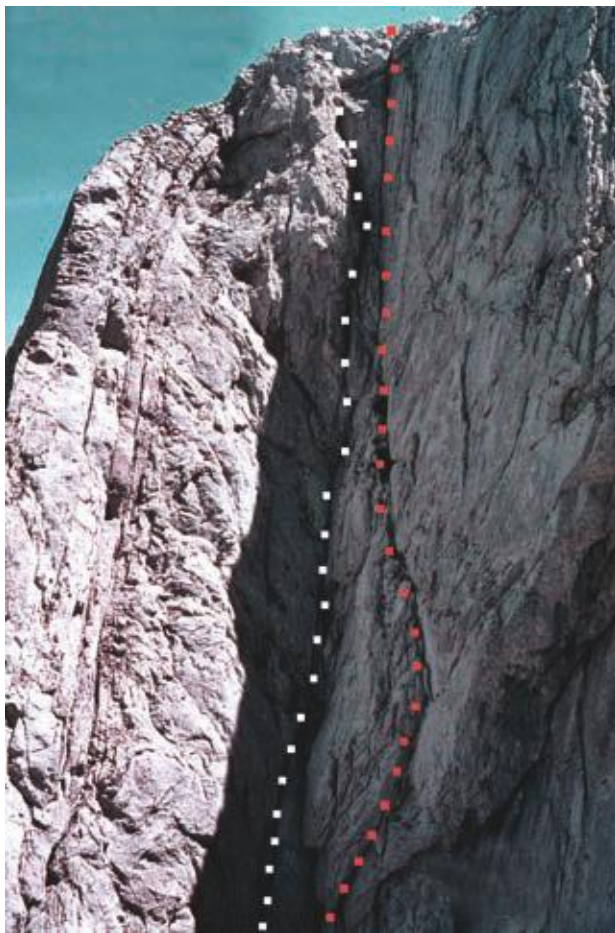
Primeros largos en la primera invernal por la cara este de la Tercera Torre de Cebolleda.

disfrutamos de un frío pero espectacular amanecer. Nos dirigimos directamente hacia Cemba Vieya, en una ruta que discurrió casi enteramente por laderas con mucha inclinación, aunque con muy buena calidad de nieve helada. La mayor dificultad surgió en los metros finales: una fisura muy vertical, por una pared de roca muy compacta y pulida por la erosión, con escasas posibilidades para asegurarse; por añadidura, el interior de la fisura estaba tapizada de un hielo podrido, escaso y malo para clavar los piolets, que dificultó bastante la progresión y que me obligó a invertir mucho tiempo. En realidad, estuvimos a punto de regresar, algo que tampoco habría sido muy fácil, pero nuestra "tozudez" hizo que lo intentásemos de nuevo y que ahora sí lo lográsemos, consiguiendo que mis amigos, poco dados a expresar su emoción, expresaran a gritos su entusiasmo.

El sol comenzaba a declinar, así que no perdimos mucho tiempo, incluso nos olvidamos de hacer fotos en la cumbre (hoy sería impensable, pues cada paso de escalada y cada cima, son sobradamente documentados en las redes sociales...). Les digo a mis amigos por dónde tengo pensado bajar, algo que habríamos logrado con no más de tres rápe-



Parte media de la vía invernal a la Tercera Torre de Cebolleda.



Gran Diedro de Peña La Mesa, cuya vía original (22-6-1969) discurre por la parte soleada de esta fotografía. Con posterioridad, se abrieron la Variante Directa (13-5-1973) y la Pájaro Loco (16-9-1973), señaladas, respectivamente, con puntos blancos y puntos rojos. Juanjo Arrieta participó en la apertura de los tres itinerarios: Gran Diedro junto a Javier Arrieta, Jorge Marquín y Eloy Santín, Variante Directa con José Ignacio Nuñez y Mariano Blanc, y Pájaro Loco con José Ignacio y José María (Chema).

les que nos dejarían en las proximidades de Fuente Prieta, zona sobradamente conocida por todos nosotros. Pero al asomarse y ver la pared, en penumbra, helada, inhóspita..., no les gustó; y como hacía poco tiempo, en el verano anterior, habían subido las Torres de Cebolleda por la cresta, ellos sugieren que bajemos por allí. Yo, tras un vistazo con la escasa luz del crepúsculo, veo unas cornisas que me preocupan bastante.

La luz desaparece con rapidez, encendemos nuestras frontales, e iniciamos el recorrido de la cresta. El frío es muy intenso. A los pocos minutos, una tras otra, se van fundiendo las bombillas de las frontales, suponemos que a causa del frío. Entre los tres reunimos 5 o 6 bombillas de repuesto, pero todas se van fundiendo con rapidez. En ese momento estaríamos aún por la segunda torre y ya era noche cerrada. Mis amigos proponen que nos quedemos a vivaquear pero les convengo de que no es buena idea: el frío ya es muy acusado y las estrellas brillan con una intensidad poco frecuente, lo que indica que la temperatura aún va a bajar más. Quedarnos allí, con el escaso equipo que tenemos, puede ser muy peligroso. Sin esperar respuesta, preparo una

reunión con sus piolets anclados, para que ellos me aseguren, y continuo descendiendo con muchísimo cuidado pues nuestra visibilidad solo es de un par de metros, la que la blancura de la nieve nos permite. Llego al final de la cuerda, preparo otra reunión, lo más segura posible, clavando y enterrando los dos piolets, y cuando llega uno de mis amigos, antes de que se nos acerque el otro, que es su cuñado, me dice en voz muy baja "Juanjín, de aquí no salimos...". Le respondo con convicción que si seguimos con calma, metro a metro, centímetro a centímetro, seguro que salimos; creo que esta convicción le animó y no sé cuánto tiempo después (habíamos perdido por completo la noción del tiempo) llegamos a La Mazada. La alegría, por parte de todos, fue inmensa. Pero aunque estábamos en terreno conocido y sin peligro, nos encontrábamos en medio de la negrura más intensa que recuerdo y aún había que seguir bajando sin olvidar las precauciones,



En la cumbre de Peña Santa tras escalar la Sur Directa. De izquierda a derecha: J. Arrieta, J. Agüero, L. Campo, J. Marquín y M. Blanc. (24 y 25 de agosto de 1971).



Parte alta del Canalón del Buey durante una ascensión a Los Fontanes.

ya que la nieve estaba muy dura y, como no existía marca del sendero, para orientarnos teníamos que ir reconociendo los relieves y las siluetas que íbamos viendo recortadas sobre el cielo.

Pasamos por el Llanu Los Pozos, bajo el Porru Bolu, y enfilamos la Llampá Cimera hacia Vega Redonda, ahora ya cada vez más relajados; yo, deseando llegar a la cabaña de La Rondiella, donde tengo un farol de gas, con una bombona de 4 kg, que nos solucionará el problema de la falta de luz hasta que lleguemos a Les Veleres, donde tenemos el coche. Todo se está solucionando...

Ya en la cabaña, comemos un poco, pues apenas habíamos comido en todo el día. Las cantimploras tenían el agua casi congelada, pero, afortunadamente, en la cabaña también tenía unas latas de refrescos que nos dieron la vida... ¡Qué bien nos supieron! Y lo más curioso es que no nos sentíamos demasiado cansados: o estábamos muy fuertes, o era la adrenalina que aún llenaba nuestro cuerpo; bueno, o las dos cosas...

El voluminoso farol no era muy cómodo para caminar, pero importaba poco: ¡ya teníamos luz! Pasamos Canraso y Vega La Piedra y, en la fuente que está bajo esta vega, que por la mañana derramaba agua por el camino, ahora el agua está congelada y se ha convertido en un cristal transparente... que



Juanjo Arrieta haciendo la cresta de las Torres de Cebolleda con Joaquín San Martín (14 de junio de 1981).

pisamos confiados, con la resultante y aparatosa caída. Se rompe el farol y... ¡otra vez sin luz!

Al fin llegamos a Les Veleres. Alrededor del coche todo está blanco, helado, y hay que bajar con sumo cuidado. Confiamos en que, a medida que entremos en el valle, se acabarán todos estos inconvenientes; pero no, aún no se habían acabado, ya que al descender nos metemos dentro de una niebla helada que nos obligó a viajar muy lento, llegando a Avilés de madrugada, aunque sin más problemas.

Siempre pensé, y todavía pienso, que a la montaña hay que ir a divertirse y en este caso no puedo decir que haya sido divertido en todo momento. Sin embargo, aquel día nos sentimos muy satisfechos por haber superado las dificultades y, aún hoy, los tres amigos, unidos por una amistad imperecedera, recordamos a veces la aventura de la Torre de Cebolleda como una parte bonita de nuestras vidas.

El refugio viejo de Vegarredonda y las cabañas de José María Remis bajo un gran manto de nieve.





Los primeros crampones y diverso material utilizado por el autor en los años 60 del siglo XX, época de sus inicios como escalador.

Nota del Grupo de Montañeros Vetusta

Juanjo Arrieta ha abierto más de 60 nuevas vías en las montañas cantábricas (especialmente en los Picos de Europa), de las que un gran número corresponden a primeras invernales. La sierra de Gredos y los Pirineos han sido también testigo de su incansable actividad, con notables escaladas en roca y hielo entre las que figuran varias primeras. Fuera de España, ha hecho numerosas e importantes escaladas en los Alpes, así como invernales en Bulgaria y Escocia; en este último caso, con la invitación expresa del British Mountaineering Council. Además, ha ascendido diversos seismiles en los Andes y en el Himalaya de la India, en donde también participó en un intento de cumbre en el que se superaron los 7.000 m. Con el tiempo, Juanjo y Pili, su esposa, sin olvidar las altas cimas, ampliaron su campo de interés abriéndose a otros mundos lejanos y permitiendo que las gentes, los paisajes y la naturaleza de América Central (Nicaragua, Panamá, Honduras, Guatemala y, sobre todo, Costa Rica) llenasen su vida de experiencias extraordinarias.

Fotografías: Archivo Juanjo Arrieta



Juanjo y Pili posan con Felipe, Mercedes, Gelo y Manu durante una reciente visita al Grupo Vetusta.



Llegando a la cima del Pico de los Cabrones. (Foto: Fernando Calvo)

LA MONTAÑA EN COMPAÑÍA DE UN GUÍA

Miguel del Monte

“La montaña es para vivirla, no para contarla”.

Esta frase, pronunciada hace muchos años por un buen amigo mientras recorríamos lejanas montañas, me quedó profundamente grabada. Fueron pasando los años y esa gran verdad, acrecentada cuanto más difíciles eran los objetivos que me proponía alcanzar, se fue haciendo cada vez más patente. Es muy cierto, al

menos lo es en mi caso, que la montaña es algo que vivimos y sentimos profundamente. No creo que nadie haga MONTAÑA (así, con mayúsculas) por el mero afán de poder contarla. La montaña exige esfuerzo, sacrificio y superación; y, como recompensa, simplemente nos proporciona satisfacción interior. No hay medallas, podios o ramos de flores; tam-



Cresta entre el Pico de los Cabrones y la Torre de Cerredo. (Foto: Fernando Calvo)

co hay periodistas, ni mucho menos recompensas económicas. Cuando alcanzas la cumbre eres feliz por haber superado tus debilidades y limitaciones y este sentimiento aumenta cuanto más difícil ha sido para ti el objetivo propuesto. En fin, la felicidad está en haberte superado a ti mismo, pues no compites con nadie ni contra nadie. Hay una felicitación recíproca entre los compañeros, todos están contentos, cada uno por sí mismo y por los demás y, de manera especial, cuando en el grupo había alguno "más débil" que también lo ha logrado: te alegras entonces de que ese compañero se haya superado y también haya alcanzado la meta, tanto más si para ello ha necesitado de nuestra colaboración.

"Las montañas no se vencen", lo que hacemos es vencernos a nosotros mismos. Ellas siguen igual, impertérritas a nuestro paso, y allí continúan, con sus placas y fisuras, sus empinadas pendientes y sus desplomes; permanecen inmutables a la espera de un nuevo visitante que venga a acariciar su esbeltez para coronar sus paredes y auparse en lo más alto de su pétreo cuerpo.

Cada persona debe marcarse sus propios objetivos y valorar, antes de afrontarlos, si está capacitado para superar las dificultades que se le presentarán. Sin embargo, esas capacidades difieren mucho de unos a otros, lo que hace que también sean muy distintos los anhelos de cada uno. Exceptuando unos pocos privilegiados, todos tenemos nuestros

propios "deseos inalcanzables": montañas con las que soñamos en lo más profundo de nuestro ser, con el íntimo deseo de alcanzar su cima o recorrer la soñada vía de escalada. Pero al mismo tiempo somos conscientes de que, apoyados únicamente en nuestra experiencia, técnica y conocimientos, no podremos llevar a cabo la soñada actividad. Necesitamos alguien que nos aporte ese plus que a nosotros nos falta. Y ese alguien es el GUÍA. Como decía el famoso escalador y guía profesional Erhard Loretan, "la gente viene con sus sueños y yo les ayudo a realizarlos".

Podemos hablar de dos tipos de guías: primero los denominados guías benévolos, que no son sino otros montañeros que, gracias a su experiencia y conocimientos, son capaces de conducirnos en la realización de nuestras actividades; y, segundo, los guías profesionales, quienes, además de las cualidades señaladas para los anteriores, poseen una preparación y una formación específicas para el acompañamiento (guiado) en las actividades de montaña.

En el Grupo de Montañeros Vetusta tenemos la gran suerte de disfrutar de un buen número de socios que actúan como "guías benévolos", los cuales, sin tener ninguna obligación, organizan numerosas actividades. Gracias a ellos disfrutamos de nuestro excelente "Programa anual de excursiones colectivas", en el que se nos ofrece un gran abanico de ascensiones repartidas por toda la geografía asturiana



Los últimos metros de la ascensión a la cima de Peña Santa. (Foto: Martín Moriyón)

y, en ocasiones, por otras zonas del país. Fuera de este programa, también se organizan algunas actividades sumamente atractivas y, a veces, más complejas. Realmente es una suerte tener unos compañeros que se esfuerzan en poner a nuestra disposición sus conocimientos y experiencia para abrirnos nuevos caminos. A todos ellos, ¡muchas gracias!

Pero no siempre tenemos la posibilidad de unirnos a esas actividades o estas no colman nuestros anhelos y sueños. Es entonces cuando surge la figura del guía profesional. Hay que tener muy presente que el guía simplemente nos conduce y nos ayuda a "hacer realidad nuestros sueños", pero somos nosotros los que debemos realizar el esfuerzo nece-

sario para llevarlos a cabo. Nadie te va a subir ni a llevarte en volandas: has de ser tú el que realice la travesía, ascensión o escalada. El guía te aportará seguridad, conocimiento y técnica, pero nada más. El esfuerzo y la superación los tienes que poner tú. Ahí está la belleza del objetivo alcanzado, pues has sido tú, con la inestimable colaboración del guía, el que ha logrado convertir en realidad aquello con lo que soñabas.

En mis muchos años recorriendo las montañas he ido acumulando una larga experiencia de actividades con guía dado que he realizado numerosos viajes por montañas y macizos lejanos en los que su presencia se hacía necesaria. En varios de esos

Llegando a la cumbre de la Torre del Hoyo de Liordes por la vía original. (Foto: Fernando Calvo)





Peña Ubiña en invierno por la vía norte clásica. (Foto: Fernando Calvo)

viajes el guía español que nos acompañó fue Pablo Fernández Cañón (de la agencia TocandoCumbre), quien además es socio del G. M. Vetusta. Naturalmente, también en las montañas cantábricas he hecho, y sigo haciendo, muchas actividades en compañía de guías. Éstas tuve la suerte de realizarlas, prácticamente siempre, en compañía de Fernando Calvo, con el que salgo en una relación de amigos, no de guía-cliente, puesto que nos une una larga amistad. Pero él nunca deja de ser guía, un magnífico guía (y mejor persona) y, en nuestras salidas, no puede dejar en casa su condición de tal, de modo que he de decir que, si no fuera por su presencia y sus magníficas cualidades, yo no podría haber hecho ni la décima parte de las actividades que hemos realizado juntos.

Lo primero que me aporta Fernando, y quizás lo más importante, es seguridad y confianza. Me conoce muy bien y sabe mis muchas limitaciones y debilidades, por lo que, si él propone o acepta realizar una actividad, es porque sabe que soy capaz de llevarla a cabo. Esto es un gran estímulo para mí, pues me ayuda y obliga a superarme día a día. Ha sido así cómo Fernando ha ido sacando de mí interior lo mejor que yo poseía como montañero y escalador. Gracias a él, y en su compañía, he realizado ascensiones y escaladas con las que ni tan siquiera me había atrevido a soñar.

Os contaré, muy brevemente, la historia de las vueltas que dio la vida para cruzar nuestros caminos.

Comencé a hacer montaña de muy niño y, siendo

adolescente, descubrí el mundo de la escalada. Los domingos íbamos a escalar a Peña Miel y Peña Jumar y solamente de vez en cuando nos acercábamos a la escuela de Quirós, que nos quedaba muy lejos. De este tiempo he de dedicar un recuerdo especial a Antonio Alcalde, gran escalador y magnífica persona, que tenía la paciencia de ir enseñándonos los secretos de la escalada.

Fue pasando el tiempo y mi actividad montañera se fue intensificando. Había realizado algunas bellas escaladas por los Picos y recorrido numerosos macizos lejanos. Había ido adquiriendo experiencia y técnica. Y como siempre me gustó mucho leer, me había ido empapando de las vivencias de los grandes alpinistas a la vez que estudiaba los libros de técnica de la montaña y escalada. Sabía que tenía muchas limitaciones y deficiencias, por lo que procuraba aprender de todo mi entorno.

Ya había alcanzado las cumbres más emblemáticas de nuestros Picos de Europa y, en mí interior, comenzaba a sentir la necesidad de dar un paso hacia delante: otros objetivos y otras escaladas bullían en mí cabeza. Tenía nuevos sueños, sí, pero, para mí solo, resultaban inalcanzables, por lo que necesitaba encontrar un compañero que me ayudara a conseguirlos. En ese momento comenzó a rondarme la idea de un guía profesional, pero en aquella época no estaba muy bien visto eso de "escalar con guía" (hoy aún hay gente que sigue con esa idea) y tampoco había muchos. Además, yo no acababa de decidir a quién debía dirigirme.



Cresta cimera del Urriellu. (Foto: Rafael Fandos)



El montañero descansa en la cima del Picu junto a los guías Fernando Calvo y Erik Pérez. (Foto: Rafael Fandos)

Dicen que “Dios escribe derecho con líneas torcidas” y yo puedo dar fe de ello: cuando más enredado estaba en la idea de encontrar un compañero (o un guía) que me aportara la seguridad y confianza que necesitaba, se cruzó en mi camino “un chaval” de Llanes llamado Fernando Calvo. Viajamos juntos durante un mes, en el cual fuimos cimentando nuestra amistad. Era un joven delgado, de semblante sonriente en un rostro fino, casi me atrevería decir que afilado, con pelo negro más bien largo. Des-

de un principio me cayó bien, como al resto de los compañeros de viaje. Con el transcurrir de los días, pude ir comprobando que su actitud, preparación y destreza estaban muy por encima de lo que se podía esperar de una persona de su edad. Al finalizar el viaje me dio su número de teléfono y correo electrónico y quedamos para ponernos en contacto la próxima primavera.

Durante el invierno nos intercambiamos algunas fotografías del viaje y, en cuanto llegó la primavera,

Fernando y dos clientes descendiendo de la Aiguille du Midi. (Foto: Colección Fernando Calvo)





Un grupo de asturianos, guiados por Pablo, durante la ascensión al Kilimanjaro. (Foto: Miguel Collado)

me puse en contacto con él para ver si podíamos hacer alguna actividad juntos durante el siguiente verano. Me dijo que sí, que miraría su agenda y guardaría alguna fecha. Pronto me envió un correo con las fechas que había reservado.

En el verano hicimos nuestra primera actividad juntos. Fuimos a escalar el Espolón Rojizo de Santa Ana Occidental. Era un día de julio pero la roca estaba fría como si estuviéramos en pleno invierno. Nada más que los dedos contactaban con la roca comenzaban a dolernos con gran intensidad pero, poco a poco, el sol radiante fue calentando la piedra y disfrutamos de una magnífica escalada. Cuando llegó el momento de descender yo pensaba que íbamos a rapelar pero él me dijo: "No, esto se baja bien andando". Yo confié plenamente en él. Fui bajando, siguiendo sus indicaciones, y llegamos a la base sin ninguna dificultad.

Con Fernando todo parecía resultar más sencillo y seguro. Ya desde el primer día aprendí a dejarme guiar por sus sabios consejos y deposité toda mi confianza en él. A partir de ese verano, en su apretada agenda siempre guardó unos días para realizar actividades juntos.

Han sido muchas las ascensiones y escaladas que hemos llevado a cabo pero de todas ellas os voy a relatar brevemente dos anécdotas que vivimos juntos. La primera fue un tanto angustiosa y estresante, mientras que la segunda fue una situación cómica. Nos encontrábamos escalando en una soleada pared. Habíamos realizado un primer largo y montado la reunión en una exigua repisa que quedaba justo en la vertical del segundo largo. Fernando comen-

zó a escalar directamente encima de donde yo me encontraba. Subió unos ocho o diez metros hasta alcanzar un gran bloque, del tamaño de una nevera, el cual debía superar por su izquierda apoyándose en él. Según se incorporó lo tocó para cerciorarse de su consistencia y ¡oh sorpresa!: aquello sonaba a hueco. El bloque estaba totalmente suelto. La situación se volvió complicada y comprometida puesto que, si el bloque se desprendía, caería directamente sobre mí y yo arrastraría a Fernando en mi inevitable caída. Con sangre fría y gran técnica, él salió por la izquierda sin tocarlo. Los largos restantes presentaban bastante piedra suelta, lo que nos obligó a buscar alternativas hasta llegar a la cumbre donde nos dijimos: "Vía realizada y cumbre alcanzada, tachadas: ¡esta no es para repetir!".

Pero las situaciones complicadas también pueden ser cómicas. Nos encontrábamos escalando una larga arista que presentaba varias paredes que había que superar. Estábamos más o menos a media escalada cuando Fernando terminó un largo que pasaba por debajo de un techo, en el fondo del cual había un clavo, y continuaba hacia la izquierda, donde había que superar un tramo corto, algo desplomado, que era el paso más complicado de la vía. Cuando llegó mi turno comencé a subir y todo fue bien hasta que me equilibré a la altura del techo. Mi posición quedaba por encima del clavo, por lo que la cuerda se había tensado. Al intentar liberar el mosquetón que aseguraba la cuerda al clavo me encontré que la tensión de la cuerda me impedía hacerlo. Grité a Fernando para que me diera cuerda pero, como yo estaba bajo el techo y hacia viento, no me oyó. Tra-

té de cambiar de posición para aligerar la tensión, pero nada. Grité más fuerte y comencé a sentir que no sólo no me daba cuerda sino que la cuerda cada vez estaba más tensa. Tuve que hacer verdaderas filigranas para liberarme de aquella situación. Cuando llegué a la reunión se lo comenté a Fernando, quien me dijo que no había oído nada y que, como pasaba el tiempo y yo no avanzaba, pensó que tenía problemas en la parte desplomada, por lo que tensó la cuerda con la intención de ayudarme. Tras reírnos un rato al comentarle la situación en la que me encontraba y los malabares que tuve que hacer para liberarme, seguimos ascendiendo y terminamos muy felices la escalada.

Ya son muchos años los que llevamos haciendo montaña juntos, en los cuales he podido realizar mucho más de lo que había pasado por mi cabeza en mis mejores sueños. He disfrutado y aprendido muchísimo. Pero lo más importante es que lo he podido compartir con una persona estupenda.

Yo os animo a buscar la compañía de un guía que os ayude a realizar vuestros sueños. No os resignéis a que se pierdan en lo más profundo de vuestro ser. Vividlos y vividlos con intensidad. No dejéis que vuestras dudas y miedos os atenacen; dad pasos hacia delante, avanzad. La montaña es una escuela de

esfuerzo y superación y entraña riesgo. Hay peligros objetivos y subjetivos. Afrontadlos con preparación, precaución y con mucha responsabilidad, pero afrontadlos. Que todos esos riesgos que entraña no os hagan quedaros en casa renunciando a disfrutar de aquello que deseáis. Yo tengo una máxima que a veces repito a mi familia: "Prefiero morir viviendo que vivir muriendo". La montaña me ha aportado mucho, me ha ayudado a forjar un carácter. En ella aprendí a esforzarme, a sufrir, y en ella fortalecí la fuerza de voluntad. Hoy, que ya he entrado en la cuesta abajo de la vida, la montaña me sirve como acicate para seguir superándome. Aún me quedan cosas por hacer y montañas por recorrer.

PRUEBE NUESTRA
Auténtica
Cocina
Asturiana

El Pigüena
Sidrería Parrilla · Restaurante

Situado en
EL BULEVAR DE LA SIDRA

C/ Gascona, 2 · Oviedo

☎ 985 21 03 41 📞 637 272 317

✉ sidrieriapigu@gmail.com

🌐 www.elpiguen.com

📷 📱 [sidreriaelpiguen](#)

Pescados y mariscos del
Cantábrico en parrilla
o caldereta

Fabada Asturiana

Cachopos y carnes
de la tierra



Puerto de Las Navariegas y cordal de La Mesa vistos desde El Bocarón (sobre Tuiza), al NO.

LOS CANALONES DE LA MESA

Heliodoro Vega

Una espectacular crestería de calizas amuralla por el sur el valle alto del Güerna. A pesar de su aspecto inaccesible, la barrera presenta varios puntos débiles por los que, en el pasado, campesinos y pastores trazaron sendas que comunicaban directamente los pueblos con los puertos de La Vachota. El autor nos introduce en esa red de pasos inverosímiles, hoy olvidada, y reivindica la importancia de conservar su memoria.

No hace falta ser montañero para observar con admiración la muralla caliza que cierra la parte alta del valle del Güerna por el sur, allá por las proximidades de Tuiza, y donde el Alto'l Palo delimita el cambio de vertiente. Cualquier persona sensible a la belleza paisajística detendrá su mirada ante esta barrera en la que impone su rotunda presencia la cumbre de La Mesa. Su característica silueta la hace reconocible desde cualquier punto de este sector de la Cordillera, desde Peña Ubiña hasta el Tapinón y desde el Cuitu Negro y el Negrón hasta el Cirbinal.

Al sur de esta muralla rocosa se encuentran los apacibles terrenos de los puertos de La Vachota, extensas y plácidas praderas que constituyen la forma más fácil de aproximarse a estas montañas y acceder a sus cumbres, aunque, vistas desde este lado, rodeadas de una alfombra verde, pierden parte de su altivez. En la parte contraria, a los pies de su cara norte, hay un terreno más vertical, algo más frondoso, pero no intransitable. Un gran hayedo cubre toda la falda, desde lo más hondo del valle por donde discurre el río Güerna, hasta casi tocar las verticales paredes calizas. Pero todo ello está salpicado de multitud de pequeños prados, cuerdas y cabañas que demuestran el empeño de sus gentes por domesticar el medio y aprovechar todos sus recursos.

Una pequeña franja de terreno separa el bosque de la caliza. Son los puertos de Las Navariegas, o sencillamente Las Navariegas, como los denominan en los pueblos limítrofes. Esta franja se va ensanchando conforme nos vamos hacia el oeste, hacia la carretera del puerto, hasta desembocar en las amplias brañas de Los Cuadros.

En la estampa que forma el conjunto hay algo

que siempre llamó mi atención: la muralla caliza está cortada por una serie de canales que comunican de modo abrupto los dos lados de la montaña, los puertos de La Vachota y Las Navariegas. La angostura de estas canales hace que en la zona las denominen canalones y, para agruparlos a todos bajo un mismo epígrafe, nada mejor que hacer referencia al punto más destacado de la cresta y denominarlos como los Canalones de La Mesa, aunque en ellos incluyamos los que discurren por la falda de los picos vecinos.

La primera vez que vi estas cicatrices de cerca fue desde arriba, cuando al recorrer la línea que discurre por su borde superior iba viendo que aparecían empinadas canales de hierba que hacia abajo, a modo de embudo, terminaban repentinamente de forma angosta y vertical. Me recordaban las trampas de las plantas "carnívoras" para cazar insectos, un aspecto inquietante que disuadió a este caminante de adentrarse en ellas so pena de verse atrapado en semejantes esófagos.

El paso del tiempo y diversas circunstancias me hicieron volver a la zona, pero para entonces algo había cambiado en mí: una vez aplacadas las ansias iniciales de hacer cumbres, ahora miraba esas montañas con ojos nuevos, y sus viejas cicatrices volvieron a despertar mi curiosidad. Aunque algunas lecturas me habían indicado que existía algún paso transitable a través de estos canalones, no encontré información precisa sobre ello, así que me propuse comprobarlo personalmente sobre el terreno. Y lo que comenzó como una ruta para conocer un paso concreto derivó pronto en una curiosidad que se fue acrecentando hasta convertirse en un verdadero interés por descubrir todas las antiguas pasadas de esas peñas.

Los puertos de La Vachota, desde La Tesa.





Entrada superior a uno de los canalones.

Hablé con algunas personas de los pueblos de El Quempu y Riospaso y también con ganaderos con los que coincidí por los puertos de La Vachota. Mis primeras preguntas no hallaron respuestas claras. Es más, me resultaba extraño que entre las primeras personas con las que hablé ninguna conociera por sí misma los pasos por los que yo preguntaba, sino que tan solo mencionaban referencias de terceros.

Afortunadamente, a base de insistencia, terminé encontrando a quien conocía todos estos lugares con el máximo detalle. Uno de ellos era Emilio Delgado, de Riospaso. Los 82 años que contaba entonces daban para mucho que contar. En nuestra primera conversación me dejó caer una frase que me dejó intrigado: "Todo eso conózcolo bien, pues por donde no pasé caminando pasé colgado". Más adelante tendría la oportunidad de averiguar su historia y el motivo de esta frase.

Recuerdo con agrado sus explicaciones. Su vista estaba muy mermada por las cataratas pero lo suplía con una memoria ágil y una mente lúcida. No le hacía falta mirar; sentado a la puerta de su casa, de espaldas al paisaje, me describía con detalle cada referencia que debía buscar: una oquedad en la pared, un árbol solitario, o una vira herbosa que cruza la roca.

Él fue la única persona que pude conocer que

hubiera pasado personalmente por cada uno de los lugares objeto de mi interés y, aunque hubo otros vecinos con los que también hablé y que también aportaron información, no poseían el conocimiento y el detalle de quien lo había pisado y vivido. La conclusión de esto es clara: el tiempo terminará por sumir en el olvido todo aquello que no se usa.

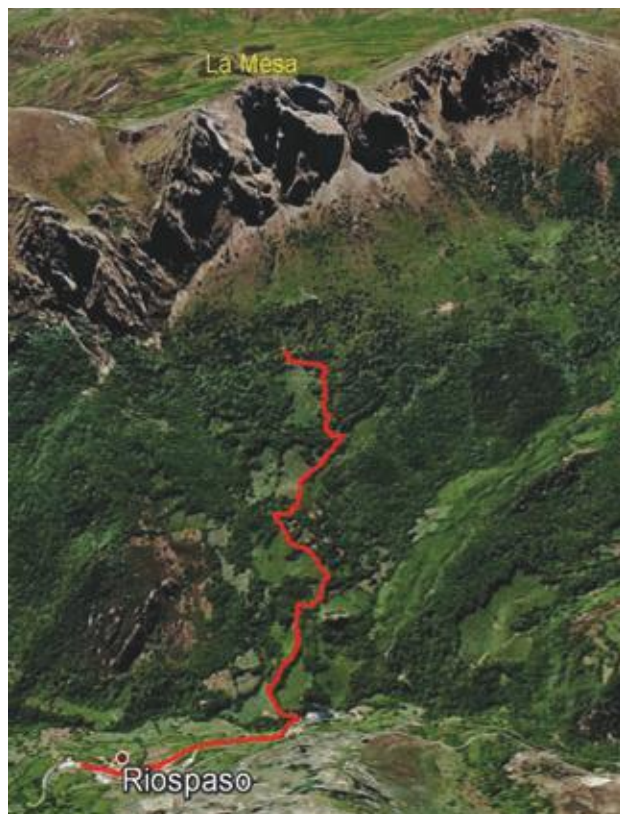
Cada conversación que mantenía con estas gentes no hacía sino acrecentar mi admiración a su fortaleza, a cómo asumían con resignación unas condiciones de vida que hoy ni imaginamos. Valga para ilustrarlo este ejemplo: me contaba Emilio que, con 8 años, cuando salía de la escuela (en Riospaso) se iba a pasar la noche con una tía que estaba haciendo majada en la Güerta el Juraco (entre el Vachalampo y Las Planas) para volver a la escuela a la mañana siguiente. Y el trayecto lo hacía ¡solo!

Disfrutaba tanto redescubriendo estos pasos ya casi olvidados que enseguida me di cuenta de la importancia de toda esta información. No debía permitir que se perdiera, tenía que recopilarla y compartirla, pero entonces ya no iba a ser suficiente con conocer los sitios: necesitaría nombrarlos y habría que hacerlo de forma correcta, para ser fiel a la historia y para evitar errores y confusiones. En la recogida de topónimos tampoco me inicié con suerte, pues me daban nombres diferentes para el mismo lugar o, al contrario, el mismo nombre para lugares distintos. Sin contar con los consabidos errores de los mapas del IGN. Pero, como dije antes, terminé encontrando a las personas adecuadas y el rompecabezas comenzó a tomar forma.

Realicé muchas rutas por la zona, recorriendo aquellos pasos que, conforme los conocía, me parecían aún más interesantes. Con cada ruta que hacía se resolvía un interrogante y, al mismo tiempo, se abrían nuevas posibilidades que hacían surgir nuevas dudas. Y ello me obligaba a volver. Otra vez a caminar y otra vez a preguntar. Con tiempo y perseverancia conseguí completar lo más fácil: conocer y recorrer este territorio. Sin embargo, ahora queda lo más difícil, que es intentar plasmar y transmitir toda esa información, y este corto artículo, a modo de introducción, es el primer paso. Es mi intención ampliarlo en algún tipo de guía que espero que cumpla dos funciones: en primer lugar, evitar que se pierda el conocimiento de todos estos lugares, testigos mudos de otra forma de vida no tan lejana; y, en segundo lugar, que resulte de interés y ayuda para quién desee recorrer estos viejos senderos.

Camino de Riospaso a Las Navariegas

Aunque, como se ha apuntado más atrás, los canalones que surcan la muralla que se extiende desde La Almagrera a La Tesa son varios, aquí solamente detallaré uno de ellos: el Canalón de la Mayada Vieya. Pero antes de acceder al mismo es necesario situarnos en su base, en Las Navariegas, que es el



Trazado del camino principal de Riospaso a Las Navariegas sobre ortofoto.

lugar de donde parten casi todas las sendas que atraviesan la muralla. Son varios los caminos que llegan hasta allí. El más directo es el que comienza en Riospaso, con 2,7 km de recorrido y 440 m de desnivel.

Salimos del pueblo de Riospaso (900 m) en dirección oeste. Se pasa al lado de El Hotelín de la Mesa, en la actualidad cerrado. [Quiero hacer aquí un inciso, para el que recurro a datos publicados por Julio Concepción Suárez en "Por Las Montañas de Lena". Estamos pasando por un tramo del Camín Francés del Güerna, una de las muchas variantes del Camino de Santiago, que cruzaba por el Alto'l Palo, descendía por el antiguo Monasterio de Acebos, El Quempu, La Berguería, Riospaso, La Cruz, Reconcos, Xomezana, Sotiecho... camino de Oviedo]. En el primer cruce deberemos dejar ese camino, tomar el ramal de la izquierda (sur) que baja hacia el río y cruzar este por un puente, desde el que podemos ver una pequeña presa. La pista pierde aquí el hormigón, continuando de tierra. A los pocos metros, hay otro cruce importante; si se sigue de frente se llegaría a la cabaña de El Pradiquín, pero nosotros debemos desviarnos por el ramal de la derecha (SO), recién hormigonado, que se dirige hacia el Peñón de Abiaos, una referencia que, con una cabaña en su base, se distingue claramente desde el pueblo.

En Abiaos (30 min) hay varios caminos y habrá que escoger el que sube más hacia la izquierda (sur).

Ascendemos ahora por lo que parece un bosque, aunque el efecto es engañoso: en muchos sitios los árboles solo ocupan una estrecha franja, fuera de la cual hay fincas de prados y cabañas. Habrá que seguir el camino con cuidado, pues hay varios cruces y desvíos. Muchos de ellos son accesos a fincas y apenas nos ofrecerán dudas, pero en otros se trata de desviaciones que se alejan de nuestro destino. La mayoría de las veces la opción se resuelve tomando la variante más alta, que casi siempre es hacia la izquierda (parte alta de la ladera), excepto en una ocasión que es hacia la derecha (porque es el ramal que sube, segundo cruce, a 10 min de Abiaos). En todos mis recorridos he procurado poner y reconstruir jitos en los cruces.

Durante la subida por el bosque, el camino se va desdibujando hasta quedar convertido en un sendero. Tras salir del arbolado, iremos dejando un prado a nuestra izquierda; la última parte de la senda es casi horizontal y parece morir en un pequeño claro rodeado de algunas zarzas (1 h 20 min y a una altura de 1280 m). Aquí subimos hacia su parte más alta y en 2 minutos entroncaremos con el sendero de Las Navariegas, que recorre estos puertos a media ladera, desde la cercana cabaña del Prao Miguel por el este hasta salir hacia el oeste por Los Acebos a La Travesía y el Valle Los Cuadros. Recorreremos la senda en dirección oeste durante otros 15 minutos y llegaremos así a la zona más amplia y ancha de Las Navariegas; estamos en la fuente de El Planón (1 h 35 min y altura de 1340 m).

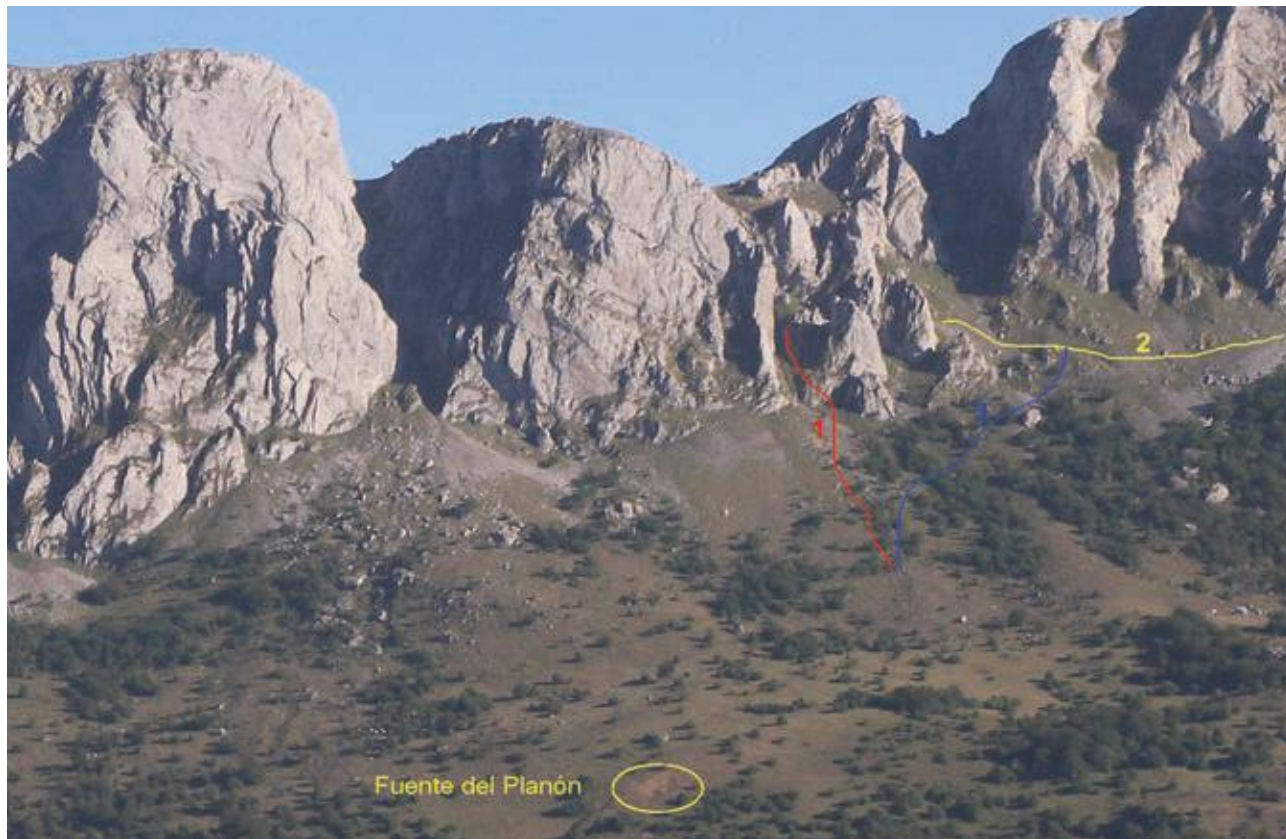
Canalón de la Mayada Vieya

Se trata sin duda del paso más fácil de todos los que atraviesan la barrera rocosa, pero al mismo tiempo es también (en mi opinión) el más estético y atractivo. Situado entre La Mesa y La Almagrera, permite pasar de Las Navariegas, en la vertiente norte de la muralla, a la importante braña de Mayada Vieya, situada en la sur.

Una vez en Las Navariegas, hay varias formas de acercarse a la entrada de este canalón.

Si hemos subido desde Riospaso y hemos llegado hasta la fuente de El Planón, no hay más que ascender directamente hasta su entrada venciendo la empinada cuesta. Si venimos desde el lado contrario, procedentes del Valle Los Cuadros, La Travesía o Los Acebos (1460 m), podremos llegar también hasta la fuente y luego subir, o podemos haber ido ganando altura con anterioridad. Y hay una tercera opción: si venimos de la parte alta de La Travesía, pasando por las cabañas de Los Agriones (1525 m), no hace falta bajar a Los Acebos para tomar el camino principal que va a Las Navariegas, ya que un pequeño sendero, que discurre horizontalmente pegado a la parte alta de la falda, nos lleva directamente hasta la entrada del canalón.

Una vez en las proximidades de la entrada del



Dos formas de aproximarse a la entrada del canalón. 1) directamente desde abajo; 2) sendero alto; 3) enlace entre ambos senderos.

Entrada inferior al Canalón de la Mayada Vieya



canalón (1600 m), y dependiendo de por dónde hayamos llegado, podemos adentrarnos en él de dos modos diferentes: directamente desde abajo, siguiendo su línea principal, o entrando lateralmente desde el oeste (1640 m) y evitando así la parte baja del pedrero. En las dos opciones se puede apreciar huella de paso, un leve sendero que ahora es solo de rebecos, aunque de vez en cuando todavía se puede distinguir alguna piedra, colocada a modo de armadura, que delata su más importante pasado. Las dos variantes se juntan en la parte alta del pedrero, frente a la estrecha garganta que atraviesa la montaña.

La primera vez que me adentré en este canalón fue verdaderamente emocionante. Cada recodo parecía el fin del camino y, sin embargo, siempre se abría un nuevo paso que nos permitía vislumbrar unos metros más allá, donde se volvía a repetir la emoción. ¡Era como atravesar el mítico paso de Shangri-La! Por fin las paredes se abren dando paso a un embudo de tierra y hierba que habrá que remontar con cuidado para evitar volver a las entrañas de las que salimos. Sin embargo, me cuentan que por aquí subían y bajaban... ¡con madreñas!

Solo queda subir, ahora ya en fácil caminar, los últimos metros (1715 m) para asomar a los amplios horizontes de los Puertos de La Vachota, con la Ma-



Pequeño descenso para unir el sendero alto con el centro del canalón.



Pedrero en el que enlazan el camino alto, que pasa por la horcada de la foto, y el que sube directamente desde los puertos.

Corto flanqueo para pasar del pedrero a la garganta de roca.

Atravesando la estrecha garganta de roca.





La Mayada Vieya, en las amplias praderías de La Vachota

yada Vieya a nuestros pies (1688 m).

Las opciones para el regreso pueden ser múltiples en función de los gustos y posibilidades de cada uno. La más sencilla sería tomar la pista hasta el Alto'l Palo, bajar por el Valle del Cuadro a El Quempu, y seguir por buen camino (pista) hasta Riospaso, por el ya citado Camín Francés del Güerna.

Estas rutas han supuesto para mí algo más que un conocimiento geográfico. El contacto con sus gentes ha hecho que las recorriera con más interés, despertando emociones y sentimientos que no provenían solo de la belleza de estos paisajes, que

también, sino de descubrir su lado humano, cómo la montaña modela al hombre y cómo este, a su vez, modela la montaña.

Fotografías: Heliodoro Vega



No tienes por qué renunciar a disfrutar de la ciudad en la que siempre has vivido...

Estamos en el corazón de Oviedo

Nuestros vecinos son el Parque San Francisco, La plaza de la Escandalera, el Teatro Campoamor.

Centro Geriátrico VETUSTA

En el podrá disfrutar de un nuevo concepto de vida en el que se encontrará constantemente atendido por profesionales que trabajan para usted y cuya función principal es facilitarle toda la asistencia que precise.



SERVICIOS

- Dirección médica y enfermería
- Fisioterapia y rehabilitación
- Recuperación de postoperatorios
- Cuidados especializados para Alzheimer y otras demencias
- Terapias ocupacionales
- Dietas personalizadas y cocina propia.
- Animación sociocultural. Teatro participativo
- Gerontogimnasia
- Podología y peluquería

INSTALACIONES

- Habitaciones dobles e individuales con baño geriátrico
- Sistema de llamada por voz
- Estancia por horas, días o semanas
- Ambiente familiar y atención diferenciada por plantas
- Salas polivalentes
- Consulta médica
- Gimnasio
- Sistema de detección y extinción de incendios

VETUSTA
URIA

Calle Uria, 14 · Oviedo (frente al Parque San Francisco) · T: 985 207 649 · M: 678 533 950
rvetusta@hotmail.com · www.residenciasvetusta.com



Desde la cima del Stornappstinden.

Al norte del Círculo Polar

Elisa Villa

Hace años, alguien me aseguró que el sorprendente paisaje de agua y montañas que yo estaba admirando en la tapa de un puzle no era una fantasía, como a mí me había parecido, sino una realidad. Aquellas rocas, surgiendo verticales de la superficie del mar, pertenecían a las Islas Lofoten. Era un nombre que yo no recordaba haber oído jamás, pero que desde aquel momento se convirtió en el título de un sueño.

A tardecía el día 26 de agosto de 2019 cuando el avión que nos llevaba a Bodo, en el norte de Noruega, realizaba maniobras de aproximación sobre el Vestfjorden, la gran bahía que separa el continente de las Islas Lofoten. Era el tercer vuelo de una jornada que había empezado en el aeropuerto de Asturias muchas horas antes y, aunque la luz ya era escasa, era, sobre todo, la primera vez que yo podía comprobar por mí misma que la imagen del puzle no era un engaño.

Pero aún nos faltaba otro vuelo más, y este fue ya en plena noche, a bordo de un diminuto avión de hélice sacudido por fuertes ráfagas de viento. Para la población a la que nos acercábamos, Leknes, la hora ya era tardía, todo estaría cerrado, desierto, y eso añadía tensión a nuestras incertidumbres. Debíamos recoger un coche de alquiler en un aeropuerto tan pequeño y con tan pocos vuelos que, como luego supimos, permanece cerrado la mayor parte del día. ¿Habría alguien para atendernos? Y, después de recoger el coche, ¿encontraríamos el camino rural a la solitaria casa que habíamos alquilado? Sabíamos que la vivienda estaba situada a varios kilómetros del pueblo y sospechábamos que en ella no nos esperaba nadie, aparte de una llave escondida en un algún sitio... Si fallaba algo, ¿qué haríamos? La última gran incertidumbre era el tiempo que tendríamos en los próximos ocho días, los que pensábamos dedicar a caminar por aquellos paisajes extraordinarios; los pronósticos no eran todo lo tranquilizadores que hubiésemos deseado. Afortunadamente, cada una de estas incógnitas se fue resolviendo de manera positiva y aunque, como suele ocurrir, quedaron objetivos sin cumplir (ocho días no son suficientes

para abarcar todo lo que las islas ofrecen), en conjunto la estancia fue plenamente satisfactoria.

Primeras impresiones

El archipiélago de las Lofoten, así como el contiguo de las Islas Vesterallen, pertenece a la extensa provincia noruega de Nordland, situada en el noroeste del país. El de las Lofoten, formado por siete islas principales y un sinfín de islotes, se extiende al norte del Círculo Polar Ártico, entre los paralelos 67 y 68. Una carretera, la E-10, une las islas mayores entre sí y con las Vesterallen y el continente, conectándolas a través de puentes y túneles submarinos. Pero la frontera entre mar y tierra es en las Lofoten más compleja de lo que nadie puede imaginar: el mar rodea las islas, como es obvio, pero estas están tan próximas, y la tierra emergida está surcada por tal cantidad de lagos y fiordos, que el viajero enseguida renuncia a adivinar si el último puente que ha atravesado le ha colocado en una isla distinta o si solo ha cambiado de orilla en uno más de los innumerables fiordos o lagos. Para añadir aún más indefinición, a veces, con marea alta, no es fácil distinguir al primer vistazo si la masa de agua corresponde a un lago o a un fiordo.

Durante nuestra visita, finales de agosto y principios de septiembre, la sensación de pisar una región boreal quedaba a veces amortiguada por las altas temperaturas (acompañadas de una humedad extrema), con máximas de hasta 20 grados: ¡sudar a chorros al subir una cuesta era lo último que esperaba vivir al norte del Círculo Polar! Pero también hubo jornadas en las que fue necesario abrigarse como en un día normal de invierno cantábrico, y en dos de ellas conocimos un visitante habitual de

Vista desde el Munkebu hacia el lago Vannet y el pico Hermannsdalstinden. Un brazo de mar, el Forsfjorden, aparece bajo la niebla.





Regresando del Munkebu por el pico Merrasflestinden.

estas islas: el fuerte viento. Lo que sí resultó decididamente boreal fue la luz atenuada, casi otoñal, del sol, así como el viaje diario de este por el cielo: su recorrido desde el amanecer hasta la puesta de sol era tan lento que pasaban las horas y parecía que apenas se había movido. (En realidad, no es el sol el que se mueve más lentamente, sino que, a causa del contorno decreciente de la esfera terrestre hacia los polos, la rotación del planeta tiene lugar a menor velocidad cuanto más lejos nos encontremos del Ecuador).

Las Islas Lofoten están de moda y, desde junio a la primera quincena de agosto, la actividad turística es muy intensa. Por suerte, en la fecha en la que nosotros viajamos reinaba la tranquilidad dado que, por un lado, en los países escandinavos ya habían acabado las vacaciones escolares y, por otro, había terminado la temporada de cruceros. (Sí, grandes cruceros entran en las aguas de Lofoten, aunque ¡produce espanto imaginar esos monstruos navegando por aquellos bellos y solitarios fiordos!)

La zona elegida para establecer nuestra residencia ofrecía tres grandes ventajas: cercanía a un aeropuerto, proximidad a una población con supermercados (la pequeña villa de Leknes), y situación centrada en el archipiélago, a medio camino entre sus extremos.

Para nuestro bolsillo (y el de otros europeos), los precios que tienen los alimentos en Noruega son muy altos. El problema se suele resolver transpor-

tando desde el país de origen una parte y comprando allí únicamente los productos frescos. En cualquier caso, si la estancia va a ser corta, está claro que nadie se va a arruinar porque pague por un kilo de fruta o una barra de pan el doble de lo que cuestan en España, como efectivamente sucede. En cambio, una lata de callos de Noreña, por poner un ejemplo, acompañada de una buena ensalada confeccionada con productos del supermercado local, sabrán a gloria después de una buena caminata. Sin embargo, a quien considere que para que una cena alcance cierto nivel es indispensable que esté acompañada de una copa de vino, le convendrá tener en cuenta una serie de circunstancias sorprendentes. Y no nos referimos ahora al alto precio de cualquier vino (en marcas conocidas, que eran las que podíamos comparar, el precio era entre tres y cuatro veces superior al de España) sino al hecho de que, en las Islas Lofoten, el alcohol, incluyendo la cerveza que supere los 3,5 grados, solo puede adquirirse en dos tiendas, una en Leknes y otra en Svolvær, y en horarios considerablemente más restringidos que los del resto del comercio. Si uno se aloja en una zona tan turística como es Reine, destino muy común entre los visitantes, tiene que saber que para acudir a la más cercana de las tiendas deberá coger el coche y conducir al menos 130 km entre ida y vuelta. Ah, pero, si es asturiano, se llevará una agradable sorpresa: ¡en esa tienda encontrará sidra de nuestra región! (Eso sí: a casi ocho euros la botella).



El espectacular entorno de Reine.

Vista desde el Keiservarden.





Laberinto de lagos, fiordos y montañas desde el camino al Snotinden.

Las montañas

Montañas de afilados perfiles erizan de agujas el paisaje de las Islas Lofoten: esa es su seña de identidad. Estos bravos relieves, coronados en ocasiones por hielo glaciar, recuerdan a menudo el aspecto de cualquier *tresmil* de Pirineos o de los Alpes, pero aquí las mayores altitudes no sobrepasan los 1200 metros. Sin embargo, este dato no debe movernos a engaño: las subidas suelen ser muy directas y, como casi siempre se parte desde el nivel del mar, los desniveles no son desdeñables. Por otro lado, muchas de las montañas más imponentes que veíamos no aparecen reseñadas en las guías (al menos no en la que nosotros manejábamos), lo que invita a pensar que sus laderas probablemente carecen de senderos. Y donde no hay senderos, tanto la turba encharcada de algunas zonas como el enmarañado tapiz de arbustos y las fuertes pendientes, deben de hacer difícil la progresión.

En nuestro caso, nos ceñimos a algunas de las rutas que recoge la excelente Guía Rother, la única que conocemos con una versión en inglés, que clasifica los itinerarios en tres categorías de dificultad: azul, roja y negra. Los cuatro amigos que formábamos el grupo hicimos varias rutas juntos y en otras nos separamos, dado que para dos de nosotros era la primera visita a las islas y no podíamos perdernos alguno de los lugares que nuestros compañeros ya habían visitado en un viaje anterior. Pero ellos, que tras sus dos visitas conocen ya muchas de las cumbres de la guía, aseguran que las rutas negras apenas se diferencian de las rojas más que en la longitud y el desnivel, y son todas ellas cimas asequibles

Camino de la cima del Strona.





La maravillosa playa de Kvalvika.

para cualquier montañero cantábrico normal.

De los itinerarios que realizamos, destaco dos, uno en cada extremo de la provincia. En el extremo suroeste, por la espectacularidad y variedad del paisaje, resultó fascinante la ruta que asciende desde Sorvagen hasta el refugio Munkebu. El caminante va encontrando una sucesión continua de lagos situados a distinta altura, todos ellos enmarcados en un fondo de agujas y picos de aspecto impresionante. La sensación (y la realidad) es de alta montaña, de estar en un perfecto ambiente alpino; por ello, volver la vista atrás y ver el mar a nuestros pies produce un choque en los sentidos que no deja de asombrarnos. De regreso, una atractiva variante nos llevó a la cima del pico Merraflestinden.

En el extremo opuesto de las Lofoten, al noreste, la excursión estrella fue la subida al Keiservarden y al pico Snotinden. La ruta se encuentra en la isla de Hinnoya que, en su mayor parte, pertenece a otro distrito distinto de Lofoten, el de Vesterallen, también formado por un grupo de islas, pero más

grandes y compactas (menos recortadas) que las anteriores. Las montañas de Vesterallen, que vimos a lo lejos, son sin duda de gran belleza y, por lo que ahora sabemos, esta es una zona mucho menos visitada (¡de momento!) que las Lofoten.

En la excursión al Keiservarden nos sorprendió la belleza, la soledad y el silencio de aquella región, con escasas y aisladas granjas, un largo brazo de mar, el estrecho de Raftsundet, amurallado por barreras montañosas, y una carretera con vistas extraordinarias, en las que era excepcional cruzarse con un coche.

La subida al Keiservarden (el *Jito* del Káiser) parte de las proximidades de Digermulen, un pueblo formado por unas pocas viviendas ajardinadas, en el que reinaba el silencio y en el que la única pista de presencia humana era ver un coche aparcado cerca de alguna casa.

El Keiservarden es una elevación de granito que constituye un magnífico mirador sobre el Raftsundet. Su nombre se debe a que el Káiser Guillermo II



Antiguas cabañas de pescadores en Reine.

subió a este punto durante una visita a Noruega en 1899, construyendo un gran “jito” en aquel lugar. Un monolito con una placa recuerda la visita imperial. Nosotros, después de admirar las vistas, continuamos subiendo entre arandanales y pequeños lagos por una preciosa senda hasta alcanzar el pico Snotinden, donde disfrutamos de nuevo de un soberbio panorama.

Las playas

No solo las montañas de Lofoten merecen el esfuerzo del caminante: sus salvajes y a veces escondidas playas son de una belleza indescriptible. Su aspecto (extensos arenales blancos, aguas turquesa...) nos transporta a quien sabe qué playas tropicales, pero estas de Lofoten están desiertas y eso nos devuelve a la realidad: estamos en el Ártico. No obs-

Calma y silencio en el norte de la isla Austvagoy.





Un rincón de la isla Autsvagoy

tante, hay que recordar que este es un Ártico fuertemente influido por la corriente del Golfo, razón de la abundancia de nutrientes y, por tanto, de vida en sus aguas, desde la presencia común de ballenas hasta los bacalaos que vienen a desovar cada invierno por millones... y son pescados en cifras astronómicas. Esa corriente cálida provoca que las aguas litorales puedan alcanzar en verano temperaturas de hasta 12 o 14 grados, que, sí, es una temperatura alta para el paralelo 68, pero... sigue siendo algo fresca para el baño. Aquí lo que nos atrapa es la belleza de la costa.

Una de las playas más famosas, sino la que más, es la de Kvalvika, a la que solo se puede llegar a pie, bien atravesando collados entre montañas o bien siguiendo un valle orlado de lagos. Una opción atractiva es la que nosotros hicimos, combinando la visita a esta playa con la ascensión al pico Ryten, desde cuya subida se obtienen las mejores vistas del arenal. Y otra ruta litoral extraordinaria fue la que comienza en la playa de Haukland para, rodeando el cabo coronado por el monte Veggen, llegar a la hermosísima playa de Utakleiv y al caserío del mismo nombre. El regreso se puede cerrar de manera circular volviendo a Haukland por un collado.

Volver, volver...

Ese es el pensamiento con el que nos consolamos cuando llega la hora de partir... ¡Han quedado tantos rincones sin visitar! Nos engañamos un poco con la ilusión de volver a Lofoten (¿o quizá a las Vesterallen?), porque en el fondo sabemos que probablemente ya no habrá ocasión. Pero ahora hemos percibido el encanto de esas tierras del norte, nos

gusta su luz, su color, su aspereza, la soledad de la que (a pesar de la amenaza que representamos los turistas) todavía se puede gozar... Y comprendemos a quienes aseguran que Noruega les ha atrapado.

Fotografías: I. Fdz. Mayor, E. Villa, P. Sánchez

Algunas sugerencias para caminar por las Lofoten

Itinerario	Punto de salida y regreso	Desnivel acumulado	Duración aproximada	Dificultad
Pico Ryten Playa de Kvalvika	Medvollen	890 m	4,30 h	baja
Refugio Munkebu Pico Merraflestinden	Sorvagen	Sorvagen	Sorvagen	moderada
Keiservarden Pico Snotinden	Parking entre Digermulen y Valen	750 m	4,30 h	baja
Pico Strona	Stronstad	970 m	5,30 h	moderada
Playas de Haukland y Utakleiv (circuito)	Haukland	175 m	2,30 h	baja





Las entrañas del PICO JARIO

Roberto Rodríguez Vega

Dos columnas gemelas parecen querer sostener la montaña.

El Pico Jario, a pesar de no ser un pico interesante en lo que a altura se refiere, pues no llega ni tan siquiera a 2000 m (tiene 1911 m), encuentra su verdadera relevancia en el hecho de ser uno de los mejores miradores para observar el Cornión. Es, además, una montaña accesible desde varios puntos y en cualquier época del año, aunque en invierno no se deben subestimar las inclinadas palas de nieve que caen hacia Vegabaño, en las que ya se han dado varios casos de accidentes, en su mayoría por falta de material adecuado.

Entre los itinerarios más fáciles y comunes para llegar a su cima podemos destacar el que asciende desde Soto de Sajambre por Vegabaño y La Llarieilla; o el que, saliendo del Puerto de Panderruedas, pasa por la Majada de Piedrashitas, el Pico Guadañas y la Collada Dobres.

La última vez que estuve en esta cumbre tan emblemática fue el 23 de marzo de 2019, ocasión en la que subí con uno de mis compañeros habituales. Partimos desde Oseja de Sajambre, pasamos por Barcantiz, las Reguleras, Llabeño y las Llampas, y bajamos después por Llariella, Vegabaño y el Mirador de los Porros hasta alcanzar de nuevo Oseja. Poco antes de llegar al pueblo, y con la garganta pidiendo a gritos una cerveza, un poco por encima del puente que cruza el arroyo de Buseco nos llama la atención una oquedad disimulada por un gran castaño que crece a su entrada. Desde el exterior nos parece que la cueva tiene un tamaño considerable y un aspecto bastante atractivo.

Como todavía tenemos tiempo, decidimos privar a nuestros gaznates de la ansiada cerveza e internarnos en la cavidad, dándonos cuenta enseguida de que esta bien merece una jornada de exploración en toda regla. Además, es evidente que no tenemos el material adecuado para continuar hacia su interior, por lo que, a pocos metros de la entrada, damos la vuelta.

Preguntando luego a vecinos del pueblo, nos informan de que es conocida como Cueva de Buseco, cosa lógica, estando al lado del puente y arroyo de Buseco, y que es bastante profunda, aunque practicable.

Cuando llego a casa, busco información a través de internet y me encuentro con un estudio hecho por la Universidad de Oviedo que incluye un plano de la cueva fechado en 1953, aparte de infinidad de datos geológicos, hidrológicos, etc., que a mí me quedan muy grandes.

Apunto con bolígrafo rojo el nombre de la cueva en mi libreta (esa libreta de "cosas por hacer" que tenemos todos los montañeros) y después de seis meses largos, cabreado conmigo mismo (como tantas veces) al ver que la previsión meteorológica para los días 1, 2 y 3 de noviembre es de inestabilidad y mucho viento, doy vueltas por casa intentando encontrar alguna actividad que me llene y que sea compatible con el mal tiempo. Consulto mi libreta y... ¡¡EUREKA!!: ahí tengo una posibilidad de excursión a cubierto. Llamo a mi compañero y el día 2 de noviembre, a las diez de la mañana, estamos en la boca de la cueva dispuestos a pasar unas cuantas

Un gran castaño y una cortina de yedra se alían para ocultar la entrada. (Foto: Roberto Rodríguez)





Múltiples gateras conectan las galerías que existen a distintas alturas. (Foto: Roberto Rodríguez)

¿Qué hay más allá? La búsqueda de huecos en la maraña de coladas y columnas siempre es emocionante. (Foto: Francisco Martín)





Un estratégico tragaluz, herencia del paso de un antiguo torrente, refuerza la iluminación de la entrada. (Foto: Roberto Rodríguez)



Los óxidos de hierro colorean el blanco immaculado de los carbonatos. (Foto: Roberto Rodríguez)

horas explorándola.

La cueva consta de varias galerías que parten todas ellas de una gran sala situada a pocos metros de la entrada. Tiene dos niveles claramente diferenciados y por dos de sus galerías inferiores discurren

Y al final, una agradable sorpresa: el encuentro con los amigos leoneses. (Foto: Francisco Martín)



sendos cursos de agua, lo que otorga a la jornada un carácter más aventurero, si cabe. También tiene varios sumideros por los que vamos reptando y destreando sucesivamente para al llegar al final de cada uno, dar la vuelta de nuevo hacia arriba e introducirnos por otras gateras que nos van descubriendo nuevas salas y nuevas galerías, todas adornadas con infinidad de estalactitas, estalagmitas, columnas, cortinas, coladas y un mundo de colores inimaginable desde afuera.

Cerca de cuatro horas permanecemos en el interior de la cueva, en las entrañas del Pico Jario, 1200 m por debajo de su cima. Entramos por su ombligo y recorrimos sus intestinos.

Cuando salimos, mojados, sudorosos y llenos de barro, todavía nos aguardaba una nueva y agradable sorpresa: justo delante de la cueva nos encontramos con tres famosos montañeros que se dirigían andando hacia Soto de Sajambre para admirar los colores del otoño. Se trataba de Ana Isabel Martínez de Paz, Cesar de Prado e Isidoro Rodríguez Cubillas, tres grandes divulgadores de los Picos de Europa y, además, grandes amigos del G.M. Vetusta, con los que mantuvimos una agradable conversación.

Está claro que el Pico Jario nunca defrauda. Ni por fuera ni por dentro.



VIVIENDAS Y NEGOCIOS

Especialistas en la protección de
tu hogar y negocio.



¿NECESITAS UNA ALARMA?



TAPIASEGURIDAD
SISTEMAS DE ALARMA Y C.C.T.V

Mas info en:

 www.tapiaseguridad.es

 +34 985 21 29 56

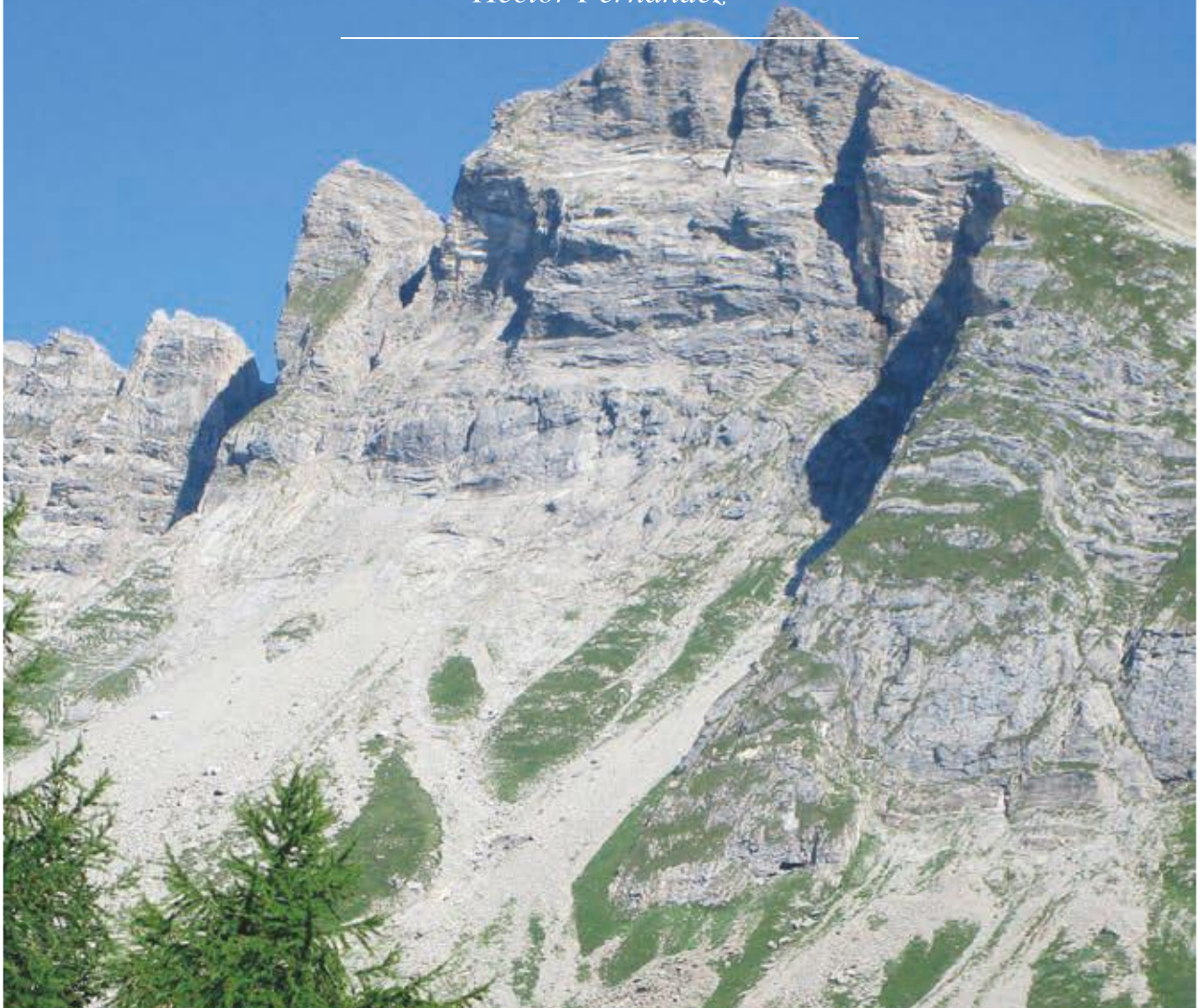
 [tapiaseguridad](https://www.instagram.com/tapiaseguridad)

 [GRUPO TAPIA](https://www.facebook.com/GRUPO.TAPIA)

 [@GrupoTapia](https://twitter.com/GrupoTapia)

GRAUSPITZ

Héctor Fernández



En plena era de la información, no pretendo haber descubierto una nueva cumbre ignorando que otros, mucho antes, ya la hallaron en su camino. Como me ha ocurrido con tantas otras, llegué a ella por casualidad, pero ahora su recuerdo me impulsa a escribir estas líneas. Entiéndanse como un homenaje a una montaña de la que me fui pensando “¡ojalá volvámos a vernos!”.



Con 160 km² y poco más de 38.000 habitantes, el Principado de Liechtenstein es el país más pequeño de Europa Central. Alejado de las grandes cumbres de los Alpes, la mayor parte de su población se asienta a orillas del Rin, cuyo valle homónimo dibuja laderas pobladas de pinos, pastos de altura y cimas rocosas de más de 2.000 metros. Conocido por sus servicios bancarios y financieros, este micro-Estado, dispone en la cultura y el deporte de otra importante fuente de ingresos. Muestra de ello es la estación de esquí de Malbun, frecuentada cada invierno por suizos y austriacos. En verano, el senderismo toma el relevo con numerosas rutas aptas para todas las edades.

Si se quieren realizar ascensiones, tres son las montañas que superan los 2.500 metros de altitud: Falknis, Grauspitz y Naafkopf, siendo esta última muy concurrida por su menor dificultad y por confluir tres naciones en su vértice. Centramos hoy nuestra atención en el Grauspitz, ya que con sus 2.599 metros constituye la mayor elevación del país. Muy próxima, y unida por una reducida y descompuesta cresta, se sitúa su cumbre secundaria, denominada Schwarzhorn o Hinter Grauspitz.



Salto de agua en las proximidades de Malans.

Vorderst See.



A fin de comenzar la ruta, cruzamos la frontera suiza y nos dirigimos a Malans. En esta pequeña comuna del cantón de Grisones, además de pasear por sus estrechas y tranquilas calles, se pueden visitar las ruinas del castillo de Wynegg. A continuación, hay que dirigirse a la estación inferior del teleférico, en las afueras del pueblo. El primer proyecto de esta infraestructura data de 1939, ante la necesidad de suministrar material a las fuerzas armadas desplegadas en Rätikon. En 1945 la instalación es destinada al uso turístico y al transporte de leche. En la actualidad, cooperativistas y voluntarios se ocupan de su funcionamiento. Con capacidad para tan solo ocho personas, salva en quince minutos los más de mil metros de desnivel que separan las estaciones inferior y superior. A medida que se va ganando altura, el viaje es amenizado por espléndidas vistas a Chur, capital del cantón y considerada la ciudad más antigua de Suiza. Antes de llegar a la estación superior, un pequeño claro en el bosque nos obsequia con un bonito salto de agua.

Hallándonos a más de 1.800 m, y tentados por el panorámico restaurante, es el momento de comenzar la actividad. Para ello, se toma el sendero que sale por la izquierda de las instalaciones. A través de

bosque, y en suave subida, avanzamos dejando a nuestra derecha varias perforaciones militares.

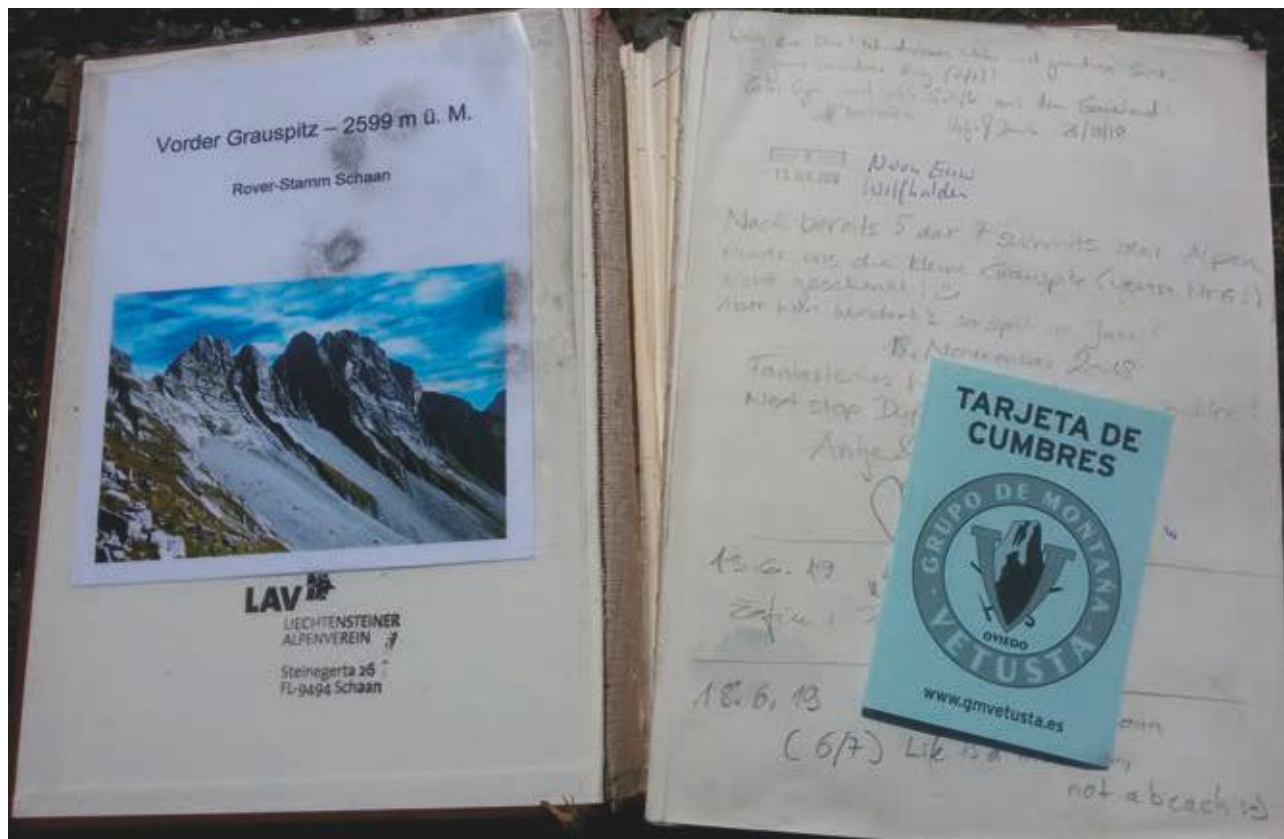
En un pequeño collado, junto a una cabaña, nos espera una mesa en la que es posible reponerse del esfuerzo anterior y observar por primera vez, aún lejano, nuestro objetivo. Frente a un sinfín de cumbrones, destaca el Schesaplana (2.965 m), montaña más alta del macizo de Rätikon.

Tras la pausa, comenzamos a perder notablemente altitud. Pasado el primer giro, encontramos un indicador donde hay que tomar una importante decisión: de continuar por el mismo camino hacia Messhalden (1.780 m.), atravesando Bad (1.954 m) y Fläscher Alp (1.821 m), la pérdida de metros que habría que recuperar más adelante sería más cuantiosa. Por ello, nos desviamos y seguimos las señales hacia el valle de Fläscher que, bajando primero por un pastizal provisto de fuente, y siguiendo después una senda casi horizontal y bien definida, aunque con tramos en mal estado, nos llevan finalmente al Vorderst See (1.888 m).

De origen glaciar, es el más pequeño de los tres lagos que reposan en el valle de Fläscher. El anillo está coronado por el Glegghorn (2.445 m), el Falknis (2.562 m), el Grauspitz (2.599 m) y el Sunnens-

Hinter Grauspitz





Tarjeta del grupo depositada en el libro del Vorder Grauspitz.

Vistas al Rin desde el teleférico de Malans.





Castillo de Vaduz, residencia oficial del príncipe de Liechtenstein.

pitz (2.240 m). Sin duda, este sería el enclave ideal para una merienda campestre con los peques de la familia antes de regresar al teleférico. Remontando el valle, llegaríamos al Oberst See (2.030 m), de donde parte un marcado sendero que, en el collado Fläscher (2.247 m), gira a la derecha para alcanzar la cumbre del Falknis.

Continuando hacia nuestro objetivo, rodeamos el lago hasta entrar en la arboleda. Paralelos al arroyo, perdemos altitud por una húmeda traza que desemboca en el camino de Jenins, el cual habíamos abandonado poco después del collado de Kamm.

Se emprende ahora una leve ascensión, cruzando dos túneles, hasta Alp Ijes (1.933 m). Situados en la base del circo de Ijes, llama la atención la arena blanca y roja en la pared del Naafkopf (2.569 m). Si hasta este lugar eran remotas las posibilidades de compartir camino con algún senderista, a partir de ahora estas serán casi inexistentes. Inmediatamente rebasadas las construcciones ganaderas, hay que abandonar el camino que va al Tschingel (2.540 m) y girar a la izquierda para caminar por una pradera pantanosa y frecuentada por ganado. Una vez

cruzado el arroyo de Ijes, llegan las exigencias físicas. Por una difuminada senda ganadera, se salva rápidamente desnivel hasta llegar a una reducida charca situada a 2.150 m. El reflejo del Naafkopf en sus aguas bien merece una parada. Por una herbosa y ancha hombrera, disfrutando del acentuado colorido de las arenas del Naafkopf, alcanzamos en un diminuto collado (2.380 m) la cresta Sunnenspitz-Schwarzhorn. En este punto se abandona la ruta principal del Grauspitz, que desciende a la cubeta del pequeño circo colgado formado por las dos cumbres, progresando sin dificultad por la cresta. Antes de llegar a la cima, vemos una virgen de cobre en memoria de una niña de 14 años fallecida en este lugar. Unos metros más y tocamos la cruz del Schwarzhorn o Hinter Grauspitz (2.573 m).

Desde la cumbre destacan al este las principales cimas del macizo de Rätikon; al norte y a nuestros pies, el valle de Valüna. Tras firmar en el libro de cumbre, es necesario tomar una segunda decisión importante para ascender a la cumbre principal: se debe elegir entre retroceder hasta el pequeño collado para retomar la ruta principal (la opción más utilizada), o ir en busca de la verdadera belleza alpina,

Tu punto de partida



**MONTAÑA
ESCALADA
SKI DE TRAVESIA
ESPELEO**

c/ Marqués de Pidal, 22 • 33004 OVIEDO
Telf. 985 25 58 34

Tu Agencia de Viajes de Montaña en Asturias

Kilimanjaro	Nepal
Etiopía	Bolivia
Mongolia	Rumanía
Sudáfrica	Kenia
Uganda	Albania
Georgia	Kirguistán
Pakistán	Marruecos
Armenia	Bulgaria
Perú	Turquía



Tocando Cumbre
Viajes de Trekking y Aventura
AV-269-AS

¡Viaja, siente, vive la montaña!

www.viajestocandocumbre.com



ALVAREZ Y DOSAL
CONSULTORES

ATENCIÓN INTEGRAL Y TRATO PERSONALIZADO
PARA EMPRESARIOS INDIVIDUALES, PROFESIONALES LIBERALES, SOCIEDADES,
COOPERATIVAS, FUNDACIONES Y ASOCIACIONES SIN ÁNIMO DE LUORO

DESPACHO DE FISCAL, MERCANTIL, LABORAL Y CONTABLE

CAMPAÑA PARA PARTICULARES
DECLARACIONES DE LA RENTA Y PATRIMONIO
LIQUIDACIÓN DEL IMPUESTO SOBRE SUCESIONES Y DONACIONES.
ELABORACIÓN DEL CUADERNO PARTICIONAL.
BIENES Y DERECHOS EN EL EXTRANJERO MOD-720 A.E.A.T.

985205050 - 985206012
contabilidad@alvarezydosal.com



Schesaplana desde el collado de Kamm.



Restaurante panorámico en la estación superior.



Ganado en el valle de Fläscher.



Heididorf, Maienfeld.

uniendo ambas cumbres por la cresta que separa Liechtenstein y Suiza.

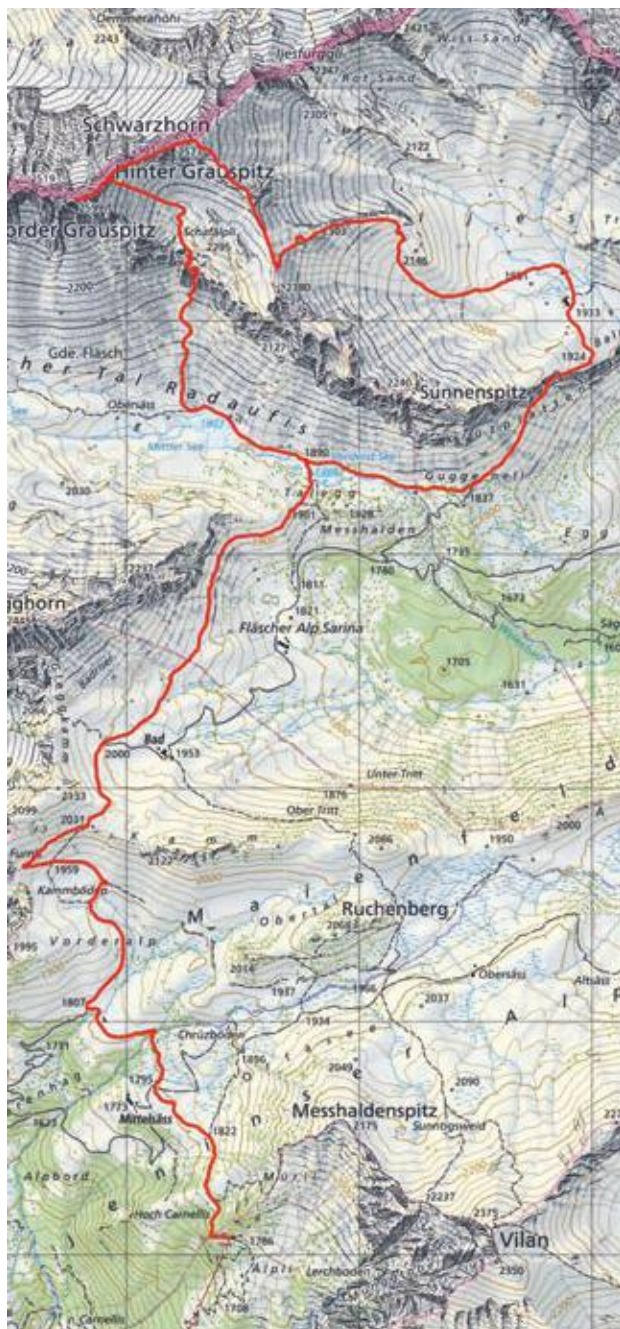
En la misma cúspide tenemos un paso en el que hay que extremar las precauciones. Descendiendo unos metros, llegamos a un viejo clavo, señal de que nos encontramos en el tramo más comprometido: un pequeño muro expuesto al abismo de la inhóspita vertiente norte. Es el momento de "recrearse" con los más de 200 metros de pared vertical y de las consecuencias de una caída. Comenzamos a destrepar con suma cautela, asegurando cada movimiento, pues el descompuesto estado de la roca nos puede jugar una mala pasada. Superada esta bonita sección, aún restan sesenta metros de descenso que no admiten relajación; no obstante, la dificultad desaparece y vemos más cerca el collado.

Llegados al collado Grauspitz (2.501 m) es el momento de girar la vista y disfrutar de la perspectiva piramidal de la montaña y del descenso realizado, gesto que repetiremos en varias ocasiones más du-

rante el ascenso a la cumbre principal. Desde aquí, la cresta se vuelve mucho más accesible y, sin necesidad de utilizar las manos, en apenas diez minutos se alcanza la antecima. Se abre ante nosotros un excitante paisaje que disfrutaremos plenamente tras remontar a la cima.

Un mojón de piedras, entre las que se oculta el libro de cumbre, nos recibe y da la bienvenida al punto más elevado de Liechtenstein. Cuatro horas de ruta se ven ahora recompensadas con bellos contrastes geográficos: el definido cordal Falknis-Tschingel, la cumbre del Schesaplana, el valle de Fläscher y sus tres lagos, el imponente macizo de Bernina, el valle del Rin, el macizo de Alpstein o el macizo de Glärnisch, son un breve resumen de cuanto nuestra vista alcanza.

Tras registrar nuestra ascensión en el libro, en el que observamos cuán escasas son las visitas a esta cumbre, comenzamos el regreso. Se desanda la cresta sin necesidad de llegar al collado, pues, una vez



Itinerario seguido en la actividad (swisstopo).

superado el contrafuerte de la antecima, giramos a la derecha para realizar un rápido descenso por el empinado canchal. Sin sendas ni hitos, sirve como referencia el nevero residual de la cubeta. En este punto, se toma la tercera y más importante decisión de la actividad: ascender al pequeño collado (2.380 m) de la cresta Sunnenspitz-Schwarzhorn y retornar al circo de Ijes o... emprender, a la derecha del nevero, la canal que desciende al lago intermedio del valle, evitando repetir parte del recorrido de ida.

Lo que comienza siendo un rápido descenso no tarda en volverse incómodo ya que, a medida que se avanza, la canal se estrecha y adquiere pendiente. Nos hallamos en un peligroso embudo, en el que somos blanco fácil de cualquier desprendimiento que pueda producirse, embudo que, finalmente, nos deposita en un gran balcón bajo el cual se abre una desafiante pared de cien metros. Se adivina a la derecha una posible salida, pero debe ser descartada. De frente, afrontamos un vertiginoso destrepe, alternando roca con pequeñas terrazas herbosas en las que, levitando, realizamos efímeras paradas para planificar el siguiente movimiento. En estos momentos, la longitud del cuerpo cobra relevancia, damos pasos en los que, agarrados de forma inestable, nos estiramos con la esperanza de encontrar un apoyo, por precario que sea. Repetimos estas acciones hasta llegar a la base de la muralla. Aún doscientos metros por encima del Mittler See, descendemos por una empinada pradera hasta el lago, en cuyas inmediaciones hay una fuente. Valle abajo y por placentero camino llegamos al lago inferior, donde retomamos el sendero de ida.

Ya en la senda, caemos en la cuenta de que todavía nos espera un último esfuerzo: remontar hasta el collado de Kamm (2.030 m). Aprovechamos nuevamente la mesa para recuperarnos y despedirnos de las cumbres de Rätikon. Un agradable recorrido, distraído con vistas al Rin, nos devuelve en cuarenta minutos a la estación superior del teleférico.

Antes de subir a la cabina, acudimos a la terraza panorámica del restaurante, atendido también por voluntarios, para recuperarnos del esfuerzo y degustar productos regionales. El amable personal nos da la despedida a 1.800 metros con una deliciosa tarta casera.

De regreso a Liechtenstein, hacemos una parada en Maienfeld, pues en estas tierras se desarrolla la trama de Heidi, novela infantil escrita por Johanna Spyri y publicada en 1880. En la actualidad, Heidi-dorf es una atracción turística a la que acuden cada año miles de personas para visitar la casa de la niña de los Alpes.

Fotografías: Héctor Fernández



Paul Labrouche en los Picos de Europa en 1906, con la Vega de Comeya al fondo. (Foto de Saint-Saud, Colección Schulze).

El enfado de Paul Labrouche

Elisa Villa

Revisando viejas publicaciones, hemos encontrado un curioso testimonio: la reacción de Paul Labrouche, uno de los grandes pioneros de la exploración de los Picos de Europa, al sentir que sus escaladas en estas montañas estaban siendo infravaloradas. La anécdota no tiene más interés que el de mostrar algo muy común en los seres humanos, incluidos los alpinistas: la extrema sensibilidad de nuestro amor propio.

En 1922, el conde de Saint-Saud publica "Monographie des Picos de Europa (Pyrénées Cantabriques et Asturiennes). Études et Voyages", obra en la que recoge las exploraciones realizadas a lo largo de ocho viajes a estas montañas. En tres de ellos, Saint-Saud estuvo acompañado del alpinista, historiador y archivero vasco-francés Paul Labrousche, a quien el conde dedica el libro citado. Saint-Saud reproduce en su obra textos sobre los Picos de Europa que Labrousche había publicado años antes en varias revistas y lo hace como homenaje al amigo querido que acababa de fallecer y que, entre otros méritos, contaba con el nada menor de haber protagonizado la primera escalada a dos de las grandes cimas de los Picos de Europa: Torre de Cerredo y Peña Santa. Por estas y otras exploraciones, la figura de Labrousche merecería ser tratada con mayor extensión, pero esta breve nota solo pretende contar una anécdota, poco o nada conocida, en la que estuvieron involucrados él y una dama alpinista llamada Constance Barnicoat-Grande.

Constance Barnicoat fue una periodista neozelandesa, de origen británico, que visitó los Picos de Europa a finales del verano de 1908. Sus experiencias quedaron reflejadas en dos artículos publicados poco después en un periódico londinense y en otro de Nueva Zelanda. En el primero narra una excursión de tres días en la que, tras salir de La Ercina y atravesar parajes extremadamente abruptos en compañía de un guía local, llega a una aldea remota de la que no da el nombre, pero que hoy, gracias a una mención a Barnicoat que hace Saint-Saud en su libro de 1922, sabemos que se trataba de Bulnes. Y en el segundo artículo relata cómo conoció en Covadonga al Marqués de Villaviciosa, quien la invitó a participar en una cacería de rebecos de la que Constance aporta numerosos detalles. Once años más tarde, en la revista "La Montagne", la periodista vuelve a recordar aquella estancia en los Picos de Europa y las impresiones recibidas, cerrando el texto con estas palabras: *"Para terminar debo decir que, cuando pasé por Bayona camino de España, el señor Paul Labrousche me dio algunos valiosos consejos. En el viaje de regreso a Inglaterra fui a verle y recuerdo que me dijo bromeando que a él lo habían izado a la cima de Peña Santa 'como un simple fardo'. Yo no quise creerle, pero sus palabras expresan muy bien la belleza de las escaladas en esos Alpes desconocidos"*.

Este artículo, publicado en abril de 1919, provocó la réplica inmediata de Labrousche. Como verán a continuación, el francés comienza reivindicando la importancia de la gran cumbre que él había conquistado, Peña Santa, una importancia que considera superior a la del Naranjo de Bulnes; y, para demostrar las diferencias entre estas dos cimas, las compara con dos conocidas cumbres de Les Ecrins.



Constance Barnicoat, una de las primeras mujeres que vistió ropas masculinas para practicar el alpinismo. Fotografía tomada en 1903 en Nueva Zelanda.

Pero dejemos que sea el propio Labrousche el que exprese su sentir:

Sr. Redactor Jefe, "La Montagne" ha tenido la amabilidad de recordar recientemente que es a mi amigo Aymar de Saint Saud y a mí a quienes se debe la primera exploración científica de los Picos de Europa; pero (déjeme decirle) la "Meije" de los Picos de Europa no es el Naranjo de Bulnes, que es solo un "Pelvoux": su "Meije" es la Peña Santa, que yo tuve la oportunidad de escalar. Hasta donde yo sé, nadie ha vuelto a conquistar su cima, mientras que el Naranjo ha sido escalado en numerosas ocasiones (si esto se pone en duda, le puedo proporcionar detalles referidos a la Peña Santa). Y por el honor del alpinismo francés, tenga en cuenta que, si no derroté al Naranjo, es porque no lo atacué: mi compañero había estudiado brevemente el terreno



Constance Barnicoat fue en su tiempo una alpinista destacada. En la imagen aparece en Suiza, escalando en 1911 el Gran Schreckhorn en la que fue la segunda invernal femenina.

en un viaje previo y le pareció que esta peña, que él vio desde lejos, presentaba una gran panza, por lo que la juzgó inaccesible. Y como era solo una cima de segundo orden, teníamos mejores cosas que hacer triunfando sobre las cimas principales: la Torre de Cerredo y la Torre del Llambrión, la más alta de las estaciones esenciales para la triangulación. Peña Santa, la cumbre más alta del Macizo Occidental, era considerada por todos los montañeros asturianos como absolutamente impracticable. Y el guía francés que me condujo a ella, y que es una de nuestras glorias pirenaicas, François Bernat-Salles, nunca pudo ni quiso volver a escalarla, lo que demuestra muchas cosas. No es correcto, como escribió Madame Grande, de soltera Barnicoat, que Salles me haya izado a la cima "como un simple fardo": el fardo no habría regresado, ni siquiera en pedazos, si hubiera sido arrojado durante diez horas a lo largo de aquellas losas lisas. La verdad es lo que escribí en la revista "Tour du Monde" y en el "Bulletin Pyrénéen": hay un tramo (uno solo) por el que un hombre no puede pasar sin arriesgar su vida. En ese paso (y solo allí), subí y bajé con cuerda, igual que hizo el guía español que nos acompañaba. Y Salles trepó descalzo, agarrándose a las paredes

con terror. Me dijo que no volvería con nadie más. Regresó, pero no pasó [Paul Labrousse se refiere a dos ocasiones más en las que Bernat-Salles volvió a los Picos de Europa. En ninguna volvió a alcanzar la cima de Peña Santa]. Al Sr. Zabala, que tuvo la amabilidad de dedicarme su obra, me ofrecí a llevarle allí, ya que la caminata, según su nuevo libro, es muy fácil. Todavía estoy esperando su respuesta. La Sra. Grande, por otro lado, no hizo ninguna escalada en los Picos: solo vio "los vestíbulos", como todos los demás, excluyendo al Sr. Pedro Pidal, Marqués de Villaviciosa de Asturias y Senador de España, y unos pocos exploradores, la mayoría franceses. Si uno conoce bien la red de sendas (todavía no se dispone de un mapa), es muy fácil penetrar en el macizo a través de admirables caminos y contemplar sus magníficos miradores. Este macizo será el objetivo, puede que en 1920, de una expedición francesa "motorizada" y "fotográfica" para la que ya han solicitado mi participación; pero su exploración alpinista es tan difícil hoy como lo era hace treinta años, si no más.

Hasta aquí, lo esencial de la réplica de Labrousse. Al leerla se percibe su tono emocional, comprensible en un hombre que en aquel momento ya



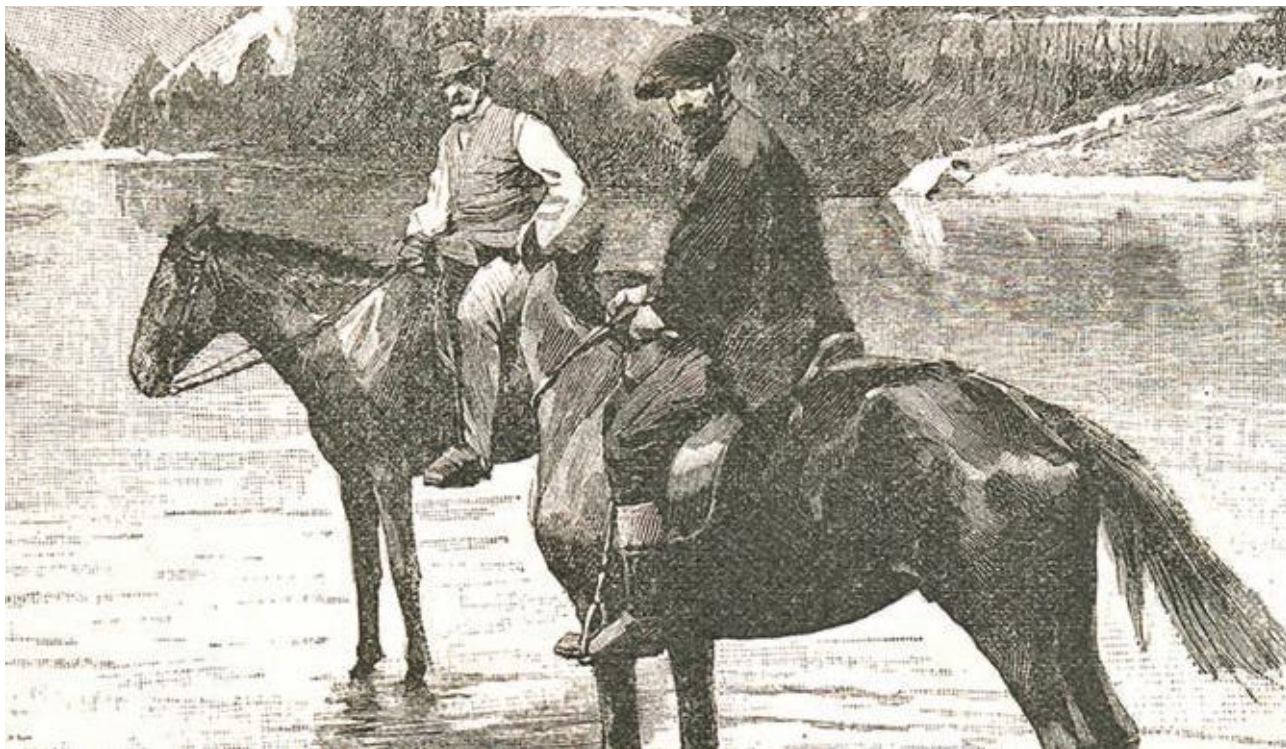
EL BALCÓN DE REDES
RESTAURANTE
CTRA. GRAL. 211 RUSECU
T. 985 60 90 14
M. 637 45 60 52
balconderedes@gmail.com

Adrián Suárez Suárez
COMIDA TRADICIONAL
- ESPECIALIDAD CABRITU
Y FRIXUELOS RELLENOS DE VENAO
- MENU ESPECIAL
- FIN DE SEMANA

LA TIENDA
De la vacina
Productos artesanos

Nuestras especialidades:
Cachopo de Ternera •
Picadillo •
Huesos de Butiello •
Ternera Asturiana •
Lechazo de Castilla •
Entrecot de Buey •
Hamburguesas •

984 28 57 21
Paseo de la Florida, 25 - OVIEDO



Grabado sobre fotografía de 1891 del conde de Saint-Saud. A la derecha, aparece Paul Labrouche cruzando el río Cares en las proximidades de Mier.

contaba 61 años y quizá sentía que el papel jugado por los franceses, y por él mismo en su juventud, no era valorado como se debía. Ese acento emocional se capta cuando afirma que, si no conquistó el Naranjo, fue sencillamente porque no lo intentó, o cuando dice que, si no lo hicieron, fue porque se trataba de “una cima de segundo orden”. Por otro lado, quizá no muy bien informado, afirma cosas que no son exactas: no era cierto que en 1919 nadie más hubiese alcanzado la cima de Peña Santa, puesto que en esa fecha ya había sido escalada en siete ocasiones, frente a solo tres del Naranjo de Bulnes. Tampoco parece cierto que Fernández Zabala, coautor con Pedro Pidal del libro “Picos de Europa” afirmase que la subida a Peña Santa fuese “una caminata fácil”; de hecho, en el libro en cuestión se califica esa cumbre como “muy difícil”, si bien precisando que su dificultad es menor que la que presenta el Naranjo. Lo que no podemos rebatir, porque no disponemos de datos, es la afirmación de que hasta 1919 la mayoría de los exploradores de los Picos habían sido franceses; en realidad, solo tenemos constancia de aquellos de los que ha quedado testimonio escrito y, además de Saint-Saud, Labrouche y Bernat-Salles, encontramos pocos más: Albert de Tissandier con Bernat-Salles y otro guía de Gavarnie, en 1895, y, en 1905, Fontan de Negrin, el Vizconde de Ussell y Pierre de Naurois acompañados de dos guías franceses, uno de los cuales era de nuevo Bernat-Salles.

En cuanto a las palabras de Constance Barnicoat, no da la impresión de que ella pretendiese menospreciar el mérito del francés al escalar Peña Santa, sino que parece que simplemente buscaba rematar su artículo destacando la bravura del relieve de los Picos de Europa. Podría ser que la joven no hubiese captado bien alguna ironía de Labrouche, cuyo sentido del humor y carácter jovial fue destacado por sus contemporáneos. Sin embargo, el propio Labrouche nos ha dejado una pista de lo que pudo decir, una pista que en 1919, al redactar la réplica publicada en *La Montagne*, parecía haber olvidado: existe un artículo, publicado en 1905 en el *Bulletin Pyrenéen*, en el que Labrouche ensalza a Bernat-Salles por haber sido capaz de encontrar el único paso posible hacia la cima de Peña Santa, paso “en el que me izó a mí mismo en 1892” (p. 500). Y hay más: en ese mismo artículo, Labrouche especifica claramente cuáles eran las cimas que él consideraba como “las dos cumbres más formidables de los Picos de Europa”: Peña Santa y el Naranjo de Bulnes.

Para terminar se podría decir que, más allá del debate sobre la importancia de Peña Santa, hay algo que la réplica de Labrouche deja traslucir con bastante claridad: en el orgullo de los franceses había quedado clavada una espinita... una espinita llamada Naranjo de Bulnes. Nuestro Urriellu.

2019

Un año en imágenes



Viernes 22 de marzo. En el Salón de Actos de la Biblioteca “Ramón Pérez de Ayala” de Oviedo, celebramos el Acto de Clausura de nuestro 75 Aniversario. Presentado y conducido por Fernando Collía, contó con las intervenciones de Wenceslao López, alcalde de Oviedo, Juan Rionda, presidente de la FEMPA, y Felipe Mota, nuestro presidente. Junto a ellos en la mesa, Tita y Bernardo, ex-presidentes y miembros de la Comisión del 75 Aniversario. Entre todos realizaron la entrega de los premios del concurso Montañas Cantábricas, ligado a la Exposición del 75 Aniversario, así como los del Trofeo de Cumbres 75 Aniversario - Chema Argüelles.



Jueves 4 de abril. XXX Entrega de Trofeos Anuales de Participación en Excursiones Colectivas y de Diplomas Mi primer dosmil con G.M. Vetusta. Durante esta sesión se rindió homenaje a nuestro veterano socio Héctor González García, quien asumió el papel de maestro de ceremonias en la entrega de las distinciones.



27 a 30 de abril. Siete socios del G.M. Vetusta, junto con representantes de grupos de montaña de toda España, tomaron parte en las actividades organizadas en la isla canaria de La Palma, con motivo del XVIII Día Nacional del Senderismo, 2019.



Domingo 2 de junio. Una nutrida representación del Grupo se desplazó a Cangas de Narcea para asistir a la celebración simultánea de la festividad de San Bernardo Menthon y del Día Regional de Senderismo 2019.



Sábado 15 de Junio. Invitados por la Sociedad de Festejos y Cultura Nuestra Señora del Carbayu, de Langreo, varios Vetustos participaron en la animada Marcha Senderista Caleyando p'al Carbayu.



En la fiesta posterior a la marcha, Felipe y Tita recogen de manos de Julio González, presidente de esta Sociedad, un pergamino en el que se lee: Al Grupo de Montañeros Vetusta por sus 75 años de historia.



Jueves 7 de noviembre. Celebración del tradicional amagüestu en el local social. Sabrosas castañas, buena sidra dulce... ¡y muchas batallitas de montaña!



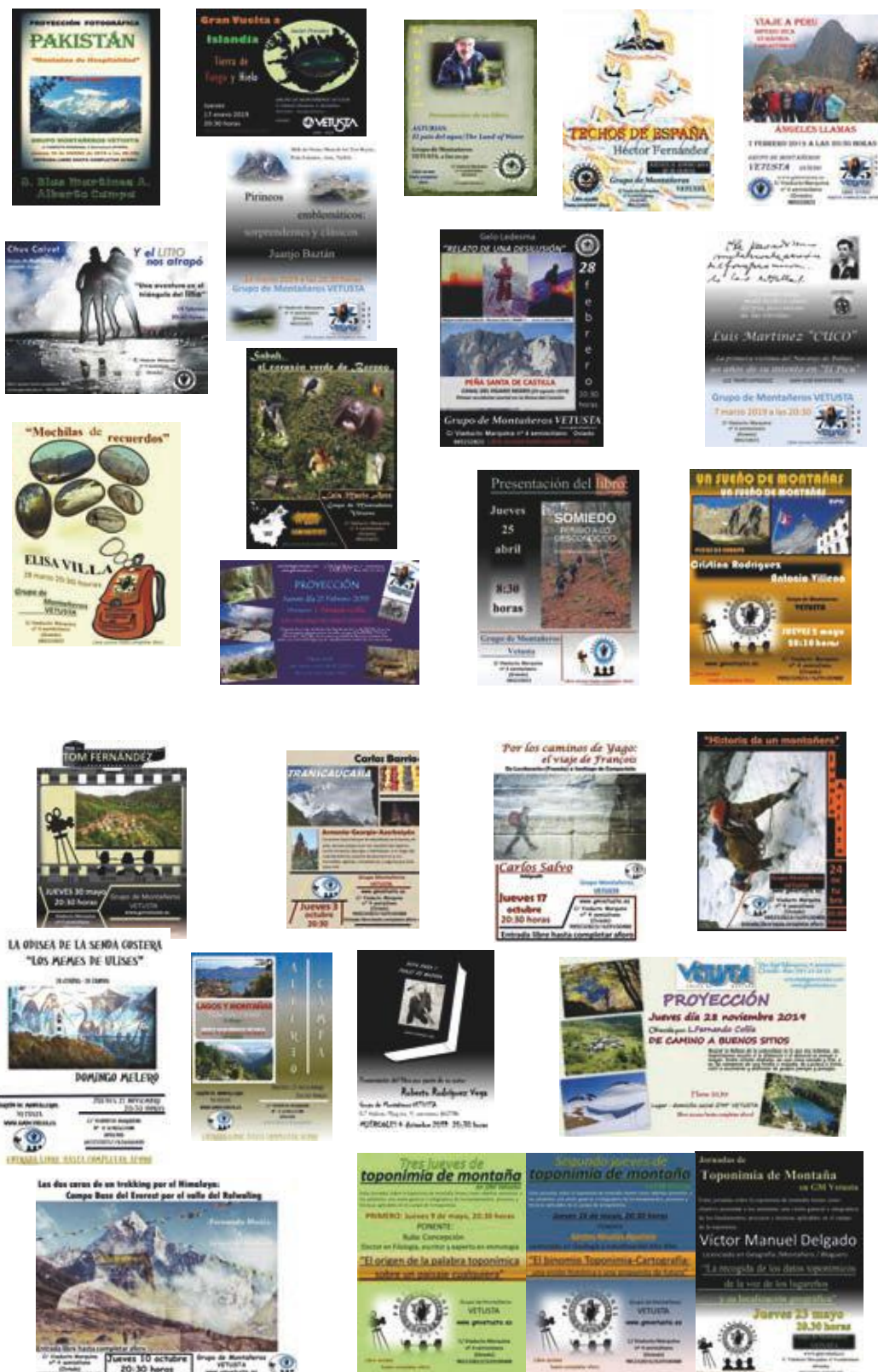
En la tercera jornada, nuestra compañera Ana Margarita, además de ocuparse de los detalles técnicos, realizó una espontánea y cálida presentación de Tania, guardesa del Refugio de El Meicín y protagonista de la interesante proyección de ese día.



11 a 14 de noviembre. XVI Semana de Montañismo Ciudad de Oviedo. De su organización y desarrollo, recuperando la sede del Auditorio, se encargó nuevamente el Vetusta junto con otros seis grupos de montaña de Oviedo. El programa fue presentado el 5 de noviembre en el Club de Prensa de LNE por la Concejal de Deportes, Conchita Méndez, y los Presidentes de la FEMPA y el Vetusta.



Viernes 30 de noviembre. XXIII Gala de la FEMPA. Tuvimos el placer de acompañar en esta ceremonia a nuestro compañero Héctor Fernández, quien recibió el trofeo en categoría Oro Mención Especial por haber recorrido los cien senderos propuestos en la convocatoria del XXII Trofeo Federación, así como con dos Menciones Especiales por ser el participante que aportó mayor número de tracks y mejores descripciones. ¡Enhorabuena, campeón!



Gracias a la dedicación de Ana Margarita, a lo largo del 2019 hemos disfrutado de veintiséis jueves de proyecciones/presentaciones. En esta composición se muestran los carteles de las mismas.



2 de febrero. Descenso en la invernial al pico Celleros.



24 de febrero. Llegando al lago Ubales en la invernial al Cascayón.



10 de marzo. En la cumbre de la La Xamoca.



14 de abril. Equipados para iniciar la Vía Ferrata de La Hermida.



5 de mayo. En la cumbre de Peña Correa.



12 de mayo. Iniciando el descenso desde el Turbina.



19 de mayo. En la cumbre del Valdecebollas.



8 de junio. Hacia el pico Miravalles, al fondo el Cuña.



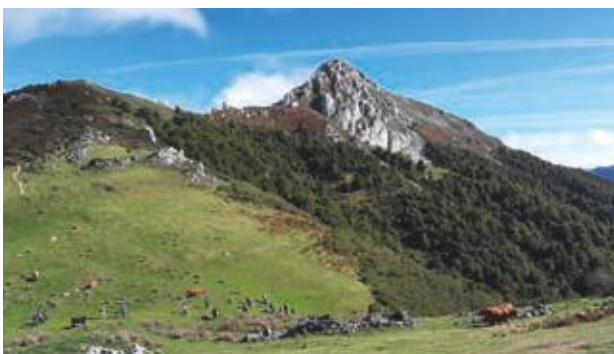
23 de junio. Recorriendo la Sierra del Ajo.



1 de septiembre. En la cumbre de Torre Blanca.



9 de septiembre. Recorriendo el Cañón del Río Lobos.



6 de octubre. Descenso desde el Maciédome.



13 de octubre. Por la Senda del Hachero hacia Joracao y Valdecoro.



27 de octubre. Peña Melera desde el pico Pandos.



24 de noviembre. El Meicín, en invernada a Peña Cerreo.





LA GRAN VETUSTA

La Gran Vetusta, de ambiente rústico, situado en el casco antiguo, a dos pasos de la Catedral. Saborea los productos asturianos en uno de los rincones más pintorescos donde la gastronomía y la sidra se funden con la tradición de Oviedo.

Plaza Porlier, 5 | 33003 Oviedo
Tel.: 984 29 66 83



MARTA URUÑUELA DE LA RICA
AGENTE EXCLUSIVO MAPFRE FAMILIAR
Nº REGISTRO DGS Y FP: C073211385674F



MAPFRE

Oficina Montecerrao
 C/ Nava 18 – 33006 OVIEDO
 Teléfono: 696320706
 E-mail: munue@mapfre.com

JOYERIA **Eduardo** RELOJERIA



Eduardo
JOYERIA - RELOJERIA

Bermúdez de Castro, 28
Telf.: 985 28 29 43 - OVIEDO
www.joyeriaeduardo.com



**Rotulación
Cartelería
Imprenta digital**

*Todo tipo de soluciones
en impresión*

Cervantes 22
33004 Oviedo
Telf. 984 39 47 56

info@ohdigital.es
www.ohdigital.es



Alquiler de autocares y microbuses

Agencia de viajes

Estancias y circuitos

Especialistas en Grupos

Receptivo en Asturias

Guías turísticos

Organización de eventos



Nuevas Oficinas ☎ 985 274 849 📍 C/ General Elorza 56 - 33001 Oviedo 🌐 curin.es ✉ oviedo@curin.es

POR NUESTRA GENTE
POR NUESTRA TIERRA
POR EL SABOR DE NUESTROS PRODUCTOS
POR EL BAR DE LA ESQUINA
POR NUESTRO FUTURO
POR NUESTRAS COSTUMBRES
POR NUESTRA TRADICIÓN

POR EL SABOR DE NUESTROS PRODUCTOS
POR NUESTRAS COSTUMBRES
POR NUESTROS RESTAURANTES
POR LOS CULINES DE SIDRA
POR NUESTRO COMERCIO
POR NUESTRA TIERRA
POR EL SABOR DE NUESTROS PRODUCTOS

POR APOYAR A NUESTRA GENTE
POR NUESTRO COMERCIO
POR EL BAR DE LA ESQUINA
POR NUESTRA TIERRA
POR EL SABOR DE NUESTROS PRODUCTOS

POR LOS LLAGARES
POR NUESTRO FUTURO
POR NUESTRAS COSTUMBRES
POR NUESTRA GENTE
POR NUESTRA TRADICIÓN

PORQUE TODOS SOMOS ASTURIAS

POR NUESTRO COMERCIO
POR EL BAR DE LA ESQUINA
POR NUESTRO FUTURO
POR NUESTRA GENTE
POR NUESTRAS COSTUMBRES
POR LOS LLAGARES

POR EL SABOR DE NUESTROS PRODUCTOS
POR EL BAR DE LA ESQUINA
POR NUESTRA TRADICIÓN
POR NUESTRO FUTURO
POR NUESTRA GENTE
POR NUESTRA TIERRA
POR NUESTRO FUTURO



CAJA RURAL
DE ASTURIAS

porquetodossomosasturias.com